

JOHN CHEEVER

Parecía un paraíso

Título original: Oh, what a paradise it seems Traducción: María Clotilde Rezzano de Martini Editorial EMECE, Buenos Aires, 1983

ISBN: 950-04-0252-1

Dedicado a Benjamín Hale Cheever

1

Éste es un relato para leer en la cama, en una vieja casa, una noche de lluvia. Los perros duermen y los caballos de silla -Dombe y Trey- se hacen oír desde los establos, del otro lado de la calle de tierra, más allá del huerto. La lluvia es suave y necesaria, aunque no de modo desesperado. La humedad es razonable, el río próximo está crecido, y los jardines y huertos (es el final de la estación) tienen agua suficiente.

En el pueblecito vecino a la cascada, donde hace muchos años la fábrica producía tela de algodón están apagadas casi todas las luces.

Las paredes de granito de la fábrica se levantan aún sobre las orillas del ancho río; y la casa del dueño, con sus cuatro columnas corintias, todavía remata la única colina del lugar. Uno pensaría que es un pueblo dormido, sin contacto con el mundo cambiante, pero el periódico semanal habla de los ovnis con gran frecuencia. Informan que han sido vistos no sólo por amas de casa que colgaban la ropa lavada y deportistas que cazaban ardillas, sino también por miembros importantes de la comunidad, como el vicepresidente del Banco y la mujer del jefe de policía.

Al recorrer la ciudad de norte a sur, no se podía menos que notar la abundancia de perros. Todos eran nerviosos y mestizos sin excepción, mostrando las características definidas de los ascendientes y razas mezcladas. Era posible ver un ovejero de pelo liso, un foxterrier con patas muy cortas y otro que parecía comenzar como collie y terminaba como gran danés. Esa mezcla de sangre, esa sangre nueva por así decirlo, los había convertido en una jauría muy inquieta que recorría presurosa las calles desiertas, como si temiera llegar tarde a una cita o reunión importante, enteramente ajena a la soledad en la que parte de la población parecía vivir. La población se llamaba Janice en homenaje a la primera mujer del dueño de la fábrica.

Una de las cosas más extraordinarias de este pueblo y su lugar en la historia era que no se veía absolutamente ningún negocio de comidas rápidas. Era muy raro en esos años, y podía llevar a pensar que el pueblo soportaba alguna calamidad tal como una gran pobreza, o falta de espíritu de aventura entre la gente; pero se trataba simplemente de un error de las computadoras que muestran donde instalar ese tipo de casas de comidas. Otra peculiaridad histórica del lugar era que las grandes mansiones, reliquias de otros tiempos, no habían sido reformadas para servir como hogares para la vasta población de comatosos y moribundos que los descubrimientos de la medicina avanzada mantenía con vida desmedidamente.

En el extremo norte de la ciudad estaba la Laguna Beasley, una masa de agua profunda, semejante el un brazo doblado, de orillas densamente

arboladas. Había allí agua y verdor, y si uno fuera un pintor del siglo XIX ubicaría en primer plano una hermosa mujer montada en una milla, levemente inclinada sobre la criatura sostenida en sus brazos y acompañada por un hombre con báculo. Esto le permitiría al artista titular el cuadro Huida a Egipto, aunque lo único que hubiera querido expresar fuera su incontenible placer ante el hermoso paisaje en un día de verano.

Un anciano no es sino algo miserable, un galán raído colgado de un palo, a menos que perciba el brillante plumaje del pájaro llamado coraje, más precisamente *Cardinalis virginus*. ¡Qué salto le dio el corazón! Pero ¿qué hacía un cardenal en la calle 78 Este?

Telefonó a su hija mayor, que vivía en Janice, y le preguntó si allá se patinaba. La amistad entre ellos era una relación muy práctica, caracterizada principalmente por el escepticismo. Ella le contestó que había hecho mucho frío, que no había nieve y que, si bien no había visto patinadores en la laguna grande, suponía que estaba helada. Le recordó que los patines estaban en el desván junto con su Piranesi infolio y la colección de mariposas. Eso ocurría en una mañana de domingo a fines de enero; un tren local lo llevó hasta el sitio donde vivía su hija.

Se llamaba Lemuel Sears. Era un viejo, como dije, pero no endeble aún. No era necesario ayudarlo a cruzar la calle. Era lo bastante mayor como para recordar la época en que el olmo, magnífico y lacrimoso, dominaba los horizontes de su país, con su forma de copa de vino, y cuando la mayoría de las bañeras en las que uno se metía se apoyaban en garras de león. Era lo bastante mayor como para recordar la promesa de los viajes en dirigible, y nunca olvidaría su entrada en una de las ciudades capitales del Sacro Imperio Romano. Las bombas de ambos bandos no habían, dejado nada en pie más arriba de la altura del hombro en aquella encrucijada del mundo. En la catedral en ruinas yacían los muertos sin enterrar. Era un hermoso día de verano. Estaba armado con uno de los primitivos fusiles M-1, listo para matar al enemigo y defender con su vida las libertades de palabra, de religión y de viajar.

Su hija le dio un beso fugaz. La relación entre ellos, ya dije, era escéptica, pero muy profunda. La joven era hija de su primera esposa, la santa Amelia. Le entregó los patines y le ofreció llevarlo en auto hasta la laguna pero él prefirió caminar. Estaba a unos seis kilómetros y medio y vestía un traje con chaleco, y un sombrero de piel comprado en uno de los países de Europa oriental adonde había viajado a menudo como representante de un fabricante de computadoras. Su pelo blanco crecía como hierba salvaje y tenía el bronceado de quien navegara un fuera de borda. Pertenecía a esa generación y clase social que considera el sobretodo una medida desesperada y extrema.

Naturalmente llevaba guantes. La laguna a la que se dirigía se llamaba Beasley pero nadie parecía recordar quienes habían sido los Beasley. La laguna tenía entre tres y cuatro kilómetros si se la medía de extremo a

extremo. Parecía estar helada aunque había sólo cuatro o cinco patinadores sobre el hielo y era una benigna tarde de domingo.

Mientras contemplaba la escena Sears pensó que los pintores holandeses de los siglos XVIII Y XIX habían sabido atrapar la escena de patinaje y que, antes que los valores en el mercado de arte se volvieran caóticos. al finalizar los remates generalmente quedaba sin vender una media docena de escenas holandesas de patinaje apoyadas contra el paragüero y el clavicordio que nadie quería. Brueghel había pintado algunas escenas de patinadores, pero Sears había visto una, un dibujo, de un período muy anterior (creía que era del siglo XII), y siempre recordaba con placer a Alan Gardener, el paleontólogo inglés cuya fama se debía a la tesis de que el patín (o shate, dado que esto ocurría antes de que existiera ningún idioma conocido) le había dado al Homo sapiens, como cazador, la velocidad que le permitió aventajar al de Neanderthal en la lucha por la supremacía. Eso ocurría hace doscientos mil años, cuando buena parte de la tierra o estaba cubierta de hielo y el shate se hacía con el cráneo del pato de pico ancho de Judsas. Al final de su carrera, se reveló que la tesis de Gardener no era sino una invención, pero para Sears la poesía de esa tesis persistía, porque el vértigo que sentía al patinar parecía tener la profundidad de una experiencia antigua, y siempre se inclinaba a defraudar al mundo académico.

Se puso los patines y salió a la pista. Para él patinar era tan natural como nadar.

Le extrañó que hubiera tan pocos patinadores en el hielo y se lo comentó a una mujer joven. Estaba apenas en edad de casarse, tenía cabello oscuro y aros de oro, y llevaba un bate de hockey como si fuera una sombrilla.

- Sí, sí -dijo-, hace más de un siglo que no se hiela toda como ahora. ¿No es divino? Me encanta, me gusta, me gusta, me encanta -Sears había oído exactamente la misma exclamación a una amante hacía tantos años ya que no recordaba ni el color de su cabello, ni precisamente qué acrobacia erótica practicaban en el momento.

Patinó y patinó. El placer de la velocidad le parecía, como había dicho ella, divino.

Balancearse sobre el hielo negro dio a Sears la impresión de volver al hogar. Por fin, luego de un viaje largo y frío, volvía al lugar donde su nombre era conocido y querido, las lámparas ardían en las habitaciones y los fuegos en el hogar. Sears sintió que todos los patinadores se deslizaban sobre el hielo con el feliz convencimiento de que volvían al hogar. La casa era una habitación vacía y una cama vacía para muchos de ellos, incluyéndolo a él, pero deslizarse sobre el hielo negro lo convenció de que volvía a casa. Alguien más escéptico habría señalado que eso ponía de relieve cuán efímera es nuestra ilusión del regreso a! hogar. Había una puesta de sol invernal y, ante ese espectáculo

formidable de luz y color, se desató los patines y volvió a su departamento en la ciudad.

Al domingo siguiente estaba de vuelta en el hielo y esta vez había más gente, unas cincuenta personas; un número pequeño para semejante extensión de hielo. Habían improvisado una cancha de hockey, y a la izquierda había una zona donde giraban los patinadores expertos en figuras; pero la mayoría de la población sencillamente iba y venía, iba y venía, como Sears, enteramente absorbida por la ilusión de que poseía velocidad y gracia y que sólo le restaba revelarla. Sears cayó uno o dos veces pero lo mismo les ocurrió a casi todos los demás. Hacia el final de la tarde realizó un giro difícil para frenar y se detuvo a escuchar las voces de los patinadores.

Era tarde. La sombra de una colina había oscurecido la mitad del hielo. El partido de hockey estaba en sus últimos momentos y los patinadores acrobáticos se habían sacado el equipo y volvían a sus casas. Las voces tenían una levedad extraordinaria ante la inminencia de la noche, que le recordaba otras voces en una playa del Mediterráneo antes que, gracias al salvajismo de la contaminación, perdiéramos aquellas costas. Él y sus compañeros sobre el hielo parecían gozar de esa extraordinaria preocupación por la inocencia que absorbe a la gente en una playa justo antes que caiga la noche. De modo que patinó de nuevo hasta que se puso el sol, dio un beso de despedida a su hija escéptica pero carmosa y volvió a su departamento.

Regresó con sus patines a las dos o más semanas, para encontrar que el hielo se había derretido y estaban utilizando la laguna Beasley como vertedero de residuos. Fue un golpe. Ya habían saqueado casi un tercio. A su derecha vio el esqueleto de un automóvil de unos diez años de antigüedad y, un poco más cerca, un perro muerto.

Sintió que se le partía el corazón. ¿Por qué celebrar la existencia de un basural, por qué intentar descubrir una aberración? Ahí yacían los desechos de una sociedad afecta al nomadismo pero que no había cedido en su pasión por los muebles. La mayoría de la gente errante desarrolla una cultura de carpas y sillas de montar y manadas migratorias, pero éste era un pueblo errante con una pasión por las camas enormes y las heladeras imponentes. El choque entre la movilidad -su andar a la deriva- y el amor por lo permanente había descargado su caos en la laguna Beasley. ¿Por qué demorarse en el desastre? Y lo que Sears vio era un desastre total, pero un desastre con el poder de despertar melancolía. La mayoría de los hombres ha comprado para su amada un tostador o una aspiradora eléctrica y se ha visto recompensadas con exclamaciones de felicidad. 'Ver esas prendas de nuestros primeros amores estrelladas, herrumbradas y puestas patas arriba por la fuerza 1 con que fueron arrojadas puede ser una experiencia profundamente melancólica. Miles y miles de perchas de alambre daban la única nota genuina y doméstica.

Cuando volvió a la ciudad, Sears llamó a sus abogados y les pidió que investigaran la tragedia de la laguna Beasley. También escribió una carta al periódico.

El revolucionario descubrimiento del chip cervical con su capacidad de memoria infinitamente mayor que la del chip de silicio había exigido que Sears efectuara varios viajes a las minas en los Cárpatos y a los nuevos depósitos que se habían descubierto en el valle del Danubio. En la época a que me refiero tanto el RAM de silicio como el ROM contenían menos de 16.000 datos y mientras el 64K de silicio contenía 65.536 trozos de información, el nuevo circuito VLSI, introducido por el chip cervical, contenía más de un millón. Un estudio llevado a cabo por Thompson-Howard tendía a defender la superioridad de los chips cervicales. TH había examinado 300.000 chips encontrando que los cervicales estaban más libres de defectos. La firma para la que Sears trabajaba producía sistemas de intrusión para computadoras y esto lo exponía constantemente a la memoria de la computadora con su comando sobrenatural de datos y su sobrenatural falta de discernimiento, lo que pudo haber exacerbado su preocupación por cuestiones sentimentales tales como el abrupto cese de su patinaje y la destrucción de la Laguna Beasley. Muy recientemente un nuevo encuentro sentimental había sido motivo de preocupación.

- La época sobre la cual escribo es un momento de nuestra historia en el que las filas, o colas, habían sido seriamente puestas a prueba por la automatización, especialmente en los Bancos. A través de avisos en los periódicos, en la televisión y por correo, se instaba a los clientes a hacer sus depósitos y retiros insertando tarjetas en máquinas automáticas, pero todavía había suficientes hombres y mujeres que perdían sus tarjetas o que se sentían tan solitarios como para ir a formar una fila amistosa en una ventanilla de Banco y sonreírle al cajero. Pertenecían a aquella generación que suponía que también había una fila a las puertas del cielo. En las filas se notaba una fuerza de cambio, pero no mayor que el que se podía notar en un aeropuerto un día o dos después de un aumento en las tarifas a Roma o San Francisco. En el aire reverberaba una música casual y suave.

Ella estaba dos o tres puestos más adelante: era una mujer notablemente bien parecida, unos cinco centímetros más baja que él aunque llevaba tacos altos.

Suficientemente pequeña como para abrazarla, condición que había llegado a considerar práctica. Su cuerpo era espléndido y cautivante. Pensó que quizá fuera nostalgia lo que hacía que su semblante constituyera una experiencia tan sobrecogedora para él. Quizá se estaba poniendo viejo y temía el final del amor. La posibilidad de semejante pérdida pesaba mucho en su mente. Cuando en el cine veía que un hombre y una mujer se besaban ardientemente se preguntaba si se trataba de un país que mañana o pasado mañana se vería obligado a dejar. Cuando veía una pareja que se abrazaba con profunda ternura en

la calle o caminaba encantada, caía en la cuenta por un instante de su cercana vejez. Esto puede haber contribuido a que la apariencia de ella le pareciera magnífica.

Su buen aspecto despertaba en él los recuerdos más francos y robustos: el izamiento de la bandera en el estadio antes del lanzamiento inicial, mientras un barítono cantaba el Himno Nacional. Esto era una exageración; pero los recuerdos que su apariencia evocaba involucraban sólo luminosidad. El cabello era de un tono rubio discreto.

Cuando se sacara los grandes anteojos de sol, sus ojos, serían, lo sabía, violetas. En sus formas más bien pequeñas no vio nada en absoluto parecido a una cadena de montañas y sin embargo constituían muy decididamente la revelación de un paraíso, ya sea montañoso o marítimo, según los gustos. Cualquiera otro día de la semana habría contemplado una gran playa, pero hoy veía montañas, parecía dispuesto a levantar los ojos, la cabeza, y afirmar los hombros como hacemos transitando por alguna espantosa zona de garitos, vemos más allá las montañas cubiertas por la nieve y sentimos qué duraderos son su desafío y su belleza. Los componentes de su vida parecían requerir un puente y quizás él y ella pudieran construir uno esa mañana en el Banco. De niña y de jovencita debió de haber sido muy linda, pensó, y ése era un punto a su favor en su aspecto. Podía haber sido la joven atractiva en el envase de margarina, o la bailarina oriental en la caja de cigarrillos de su padre que solía hacer estremecer su pequeño pene cuando tenía alrededor de nueve años.

La música que a esa hora llenaba el aire del Banco era un Concierto Brandeburgués tocado con ritmo de jazz. Imaginó la suavidad de su espalda desnuda, su notable carencia de curvatura, tan parecida a una tierra prometida. La deseaba como amante, es claro, y sintió que una consumación erótica gratificante y profunda es un atisbo del alma inmortal del otro mientras se muestra la propia alma inmortal. Nuestras amantes son siempre tan altas o más que nosotros. Salió de la fila, le golpeó suavemente el hombro y dijo: -Me pregunto si podría decirme qué música estamos oyendo. Tengo la impresión de que entiende de música.

- Usted no sabe nada de mujeres -dijo ella. Rió dulcemente y dejó caer unos papeles que llevaba. Cuando él los levantó vio que la mayoría eran de publicidad inmobiliaria y cuando se los alcanzó le preguntó si estaba en el negocio de inmuebles; como le contestó que sí, le dijo que buscaba un departamento. Ella le dio una tarjeta con su nombre, Renée Herndon, y volvieron a sus respectivos lugares en la fila.

Sears estaba muy satisfecho con su departamento en la calle 78 Este. No era un hombre deshonesto y cuando telefoneó a Renée Herndon unos días más tarde, tenía toda la intención de compensarla generosamente por el tiempo que pasara con él. Le dijo que buscaba un departamento de uno o dos ambientes, y que estaba dispuesto a pagar

un alquiler importante y firmar un contrato de por lo menos dos años. Ella aceptó enseñarle lo que tuviera disponible la tarde siguiente.

Al entrar en las oficinas donde ella trabajaba, todo le pareció de reducidas proporciones. Estaban en la planta baja de un edificio bajo en un barrio bajo, y no vio nada en el lugar que no diera una acabada impresión de ser portátil. La recepción decorada con una gran urna llena de pastó y hierbas artificiales, el escritorio de la recepcioncita, la recepcionista misma, todo parecía sumamente provisorio como si se pudiera transportar sin previo aviso a otro edificio, estado o país. Pero cuando apareció Renée Herndon, la sintió muy permanente. El modo en que ella se apoderó de su atención, de sus sentidos y de su inteligencia fue lo más permanente que podía concebir a esa altura de su vida.

Supuso que tendría treinta y cinco o quizá cuarenta años y que habría estado casada una o posiblemente dos veces. Momentáneamente, su pasado no era asunto suyo. Ella era el lado soleado de la calle. La uniformidad con que se vestían entonces las mujeres de su edad, viudas o divorciadas, que mostraban viviendas o trabajaban en bazares, parecía casi responder a un decreto. Llevaba un traje sastre, un poco de perfume bueno y estaba sin sombrero. Le habría gustado besarla, como ella bien sabía, y cuando salieron a la calle y él le ofreció el brazo ella lo aceptó afectuosamente y sonrió, o rió, con placer. Ella dijo que podían caminar o tomar un taxi y él contestó que le encantaría caminar.

No habían recorrido más de media cuadra cuando ella fue atraída (magnetizada, es la palabra) por una exhibición de chales bordados en una vidriera. Los admiró sin soltarle el brazo. Sears ofreció comprarle uno pero ella se rehusó cortésmente, y su negativa sonó genuina a su experiencia. Había conocido muchas mujeres cuyas negativas eran transparentes. Sintió que su negativa firme a permitir que un extraño le ofreciera un regalo dejaba entrever el grado de su dignidad. Lo sintió íntimo y hermoso.

También le encantó ver que, en las tres cuadras que tuvieron que caminar desde la oficina hasta el departamento que le iba a mostrar, ella se detuvo a mirar lo que se ofrecía en absolutamente todos los escaparates con excepción de uno que mostraba instrumentos quirúrgicos. Contemplaron zapatos, sombreros, vestidos, animales de cerámica, alhajas y porcelana. Y el interés que ella mostraba por todo lo que se vendía le deleitó y pareció anticipar que compartía con él un entusiasmo indisciplinado por hombres, mujeres, circunstancias y cambios de clima. El departamento que le mostró fue muy diferente.

En esa época la creciente frecuencia de violaciones y robos hacía difícil entrar en los departamentos en ciertos vecindarios, y aunque ella tenía llave y credenciales tuvieron grandes dificultades con un portero de uniforme desabotonado que, mientras hablaba con ellos, se limpiaba los dientes con un fósforo de cocina de los antiguos.

Cuando finalmente entraron, la uniformidad de las luces tenues en los corredores, la igualdad de las puertas y la gran dificultad que ella tuvo para encontrar el lugar parecieron exponerlo a la soledad de una penitencia. El departamento era una especie de escondite de paso; todavía estaba amueblado con las sillas y mesas de una divorciada abandonada por su amante o gigoló, aunque todavía quedaban fotografías de éste, muchas de ellas desnudos, en la pared del dormitorio. Había una terraza angosta desde donde se alcanzaba a ver algo de cielo azul pero la luz diurna no daba directamente en el departamento.

Ella supo de inmediato que él no lo querría, y lo dijo:

- No sé porqué se me ocurrió mostrárselo. Yo misma detesto el lugar.

- Me ha dado la oportunidad de invitarla a cenar -dijo él.

- Me encantaría cenar con usted -sonrió ella- si no le importa cenar tarde. Al atardecer estoy ocupada.

- La hora -replicó él-, no interesa.

Volvieron, ahora por la otra vereda, mirando los guantes, zapatos, antigüedades, bordados y cuadros en exhibición. -¿Cuándo nos encontramos? -preguntó él al llegar a la puerta de la oficina. -¿El jueves? -propuso ella-. Vaya a buscarme a la casa parroquial de San Anselmo a eso de las 21:15, el jueves -y desapareció.

San Anselmo era un templo presbiteriano y él se preguntó qué podría hacer ella allí en un día de semana. Era Cuaresma y los únicos servicios de la iglesia serían tristes. No estaba seguro, pero creía que los presbiterianos tenían un calendario menos estricto que la iglesia episcopal a la que él pertenecía y suponía que, como el jueves no era una fecha religiosa, ella no habría ido a la iglesia a rezar. Ninguna de sus mujeres o amantes habían sido miembros entusiastas de una Iglesia, y quizá ésta fuera la primera vez en su vida que iba a un templo Para encontrarse con una mujer. San Anselmo estaba en Park Avenue en un buen vecindario, es decir un vecindario en el que el dinero ocupa el primer lugar. La entrada principal de la iglesia estaba oscura y cerrada con llave, pero la puerta de la casa parroquial, a la vuelta de la esquina, estaba iluminada y sin llave. Entró en un vestíbulo grande. Había una segunda puerta de proporciones grandiosas. Un aviso asegurado con una chinche anunciaba: PARA MIEMBROS SOLAMENTE. REUNIÓN CERRADA. El aviso era de factura casera; imaginó a una mujer, ni joven ni hermosa pero encantadoramente seria, escribiendo el cartel sobre la mesa de la cocina. La imaginación de Sears se inclinaba al optimismo y el hecho de que el ingreso a la reunión a puertas cerradas exigiera la calidad de miembro, algún voto, compromiso o juramento, no le pareció siniestro. Pensó que quizá se pagara una cuota. No creyó que echar una

mirada a la reunión pudiera de ninguna manera significar una intromisión y abrió un poco la puerta.

Vio un salón o auditorio para reuniones eclesiásticas: uno de esos lugares donde se celebran ventas de caridad y se representa la escena del Nacimiento. Vio las caras de cuarenta hombres y mujeres que escuchaban atentamente a una oradora que hablaba desde un podio. Súbitamente se sintió incapaz de juzgar la reunión. Ni siquiera en tiempos de guerra, con los que estaba familiarizado, ni siquiera durante la evacuación de ciudades incendiadas, había visto una reunión tan heterogénea. Le pareció un grupo en el que no operaba una fuerza selectiva. Dado que las caras, jóvenes, viejas, demacradas y serenas, no le decían nada, observó la vestimenta y encontró aun menos indicios. Vio prendas de ricos, de pobres y unas pocas imitaciones de ricos. ¿Quiénes eran; quiénes podrían ser? Ahí estaban las caras simples, optimistas, la mezcla de nacionalidades que caracteriza al país.

Miró a la mujer que estaba en el podio. Era una mujer de cabello negro, quizás andaba por los cuarenta, y llevaba uno de esos vestidos largos, indefinidos, conocidos como vestidos de noche aunque se los lleve a casamientos; bautismos y asados: Leía una lista de nombres. Tres hombres y dos mujeres se acercaron a la plataforma cuando leyó sus nombres. Una de las mujeres estaba agobiada por los años; seguramente era septuagenaria. Uno de los hombres no tenía más de diecinueve años. Tenía el pelo arremolinado, era rubicundo y llevaba una remera en la que se leía: "Universidad del Odio". A su lado había un joven rubio, de traje, y junto a éste su amada Renée, con uno de esos vestidos sencillos que cuestan apenas un poco menos que un buen auto usado.

La vio tan hermosa, tan brillante, como le había parecido desde el principio.

- Apaga las luces, Charlie -dijo la mujer de vestido largo. Las luces se apagaron y al cabo de uno o dos minutos de suspenso se abrió una puerta y entró un hombre que llevaba una de esas tortas baratas, chatas, con velitas, que se encargan para celebrar la jubilación del ayudante de mantenimiento del edificio o de la integrante de mayor edad del cuerpo de dactilógrafas. Las luces se encendieron, los concurrentes se pusieron de pie y cantaron con las voces de siempre, genuinamente sinceras y sin musicalidad,

"Feliz aniversario, Feliz aniversario, querida celebrante...". Renée sonrió, rió y pareció verdaderamente feliz con las expresiones de deseos, y él miró de nuevo a la congregación. Hubiera debido ser capaz de encontrarle sentido a la variedad de expresiones; se encontró tratando de imaginar, rostro por rostro, hombre y mujer, joven y viejo, como se verían sus caras contorsionadas en los espasmos del amor erótico. Esa disposición a invadir sus vidas lo apesadumbró; se avergonzó de sí mismo y cerró la puerta..

Un empleado barría el vestíbulo. -¿Qué pasa ahí dentro? -preguntó Sears.

- No sé -contestó el obrero-. Están tratando de dejar de fumar o beber o comer pero no recuerdo cuál es el que está ahí esta noche. Los no fumadores son los que más me revientan. Fumo un atado, quizá un atado y medio, por día, barro puchos, es mi trabajo, para eso me pagan y a nadie le interesa más que a mí. Por ejemplo la semana pasada fui a pagar el impuesto estatal. Se paga en la casa de gobierno, en un edificio al que contribuyo a sostener, y justo en la pared está el cartel que dice GRACIAS POR NO FUMAR. ¿Cómo demonios saben que no voy a fumar? ¿Cómo saben que no voy a orinar o pedorrear o tener una erección? Gracias por no fumar. ¿Qué demonios les importa? Gracias por no respirar...

- Luego salió por una puerta.

Pocos minutos después, Sears oyó que el grupo recitaba algo a coro. Por el entusiasmo y la claridad de sus voces supuso que no se trataba de un encantamiento mágico. Era difícil imaginar de qué se trataba. La cadencia tenía para Sears la familiaridad de las Escrituras de la Iglesia, y podía haber sido el Padrenuestro o el salmo XIII, pero había cierta similitud con la cadencia de las traducciones de la Biblia del siglo XVII y, a menos que se, lo dijeran, nunca sabría qué estaban cantando.

Luego las puertas se abrieron y salieron: no como un grupo despedido al final de un espectáculo o una conferencia, sino gradualmente, como gente que abandona una reunión social; después de todo, los había visto apagar las velitas de la torta. Sears buscó a Renée, buscó su luminosidad tal como toda su vida había buscado mujeres hermosas en aeropuertos, estaciones de ferrocarril y muelles de barcos. Cuando la vio, la halló tan luminosa como siempre, y fue hacia ella, Renée lo tomó del brazo mientras salían por la puerta, y llamó un taxi en la avenida. - ¿Qué diablos hacías ahí adentro? -preguntó cuando estuvieron en el taxi. -¿Me prometes que no volverás a preguntarme eso? -dijo ella-. Sé que esto debe sonar irracional; al menos yo en tu lugar lo consideraría así, pero paso unas cuantas noches en casas parroquiales y preferiría no explicarle el motivo a nadie. Si alguna vez me invitaras un viernes tendrás que ir a buscarme a la Nueva Escuela de Investigaciones Sociales. Si quieres saber qué hago allí, te lo diré. -¿Qué haces en la Nueva Escuela de Investigaciones Sociales?

- Sigo un curso de contabilidad. -¿Es para el negocio?

- No. Es para ayudarme a comprender lo del impuesto a las ganancias.

- Muy inteligente de tu parte.

- No sabes nada de mujeres -rió ella.

Había reservado una mesa en el restaurante más caro donde era conocido. Para su sorpresa, ella era tan conocida como él. El encargado del comedor lo recibió con igual calidez que a ella. Mientras la seguía hasta la mesa y observaba como se comportaba, Sears comprendió que ella tenía conciencia de su propia atracción. Era evidente; tanto que vio como un mozo le guiñaba el ojo a otro. Por lo que a él concernía eso tan sólo lo hacía más divertido. Como entrada eligió trucha fría y ella se comió la mayor parte.

Pidió un Montrachet 73, pero observó que ella apenas bebió vino. Probó la sopa de él y dijo que estaba demasiado salada pero cuando sirvieron el pato printannier comió tanto como él. Además gustó de su propia comida. Sears rara vez pedía postre pero ella pidió una creme brûlée mientras le contaba lo que le daba la gana de sí misma.

Estaba divorciada de un exitoso dentista llamado Arturo y tenía dos hijos. El varón, de dieciocho años, estaba sumergido en las religiones orientales, pero por lo que dijo, Sears no supo si estaba o no en el Tibet. La hija asistía a una escuela de ballet en Des Moines, donde vivía Arturo. De pronto confesó, sin sarcasmo ni risa, que había llegado a un punto crítico en sus asuntos. Sintió que todavía no era el momento de decirle que en realidad no buscaba un departamento aunque, tomando en cuenta el rumbo de la conversación, quizás ella ya lo supiera.

- Espero que podamos ir a tu departamento después de cenar -dijo él-. El mío es una ruina tal que me avergonzaría mostrártelo.

- Pero por eso estoy aquí -dijo ella con un entusiasmo que amenazó deprimirlo por un momento pero que luego le pareció una maniobra exacta de su parte-. Voy a mostrarte otro departamento. Se supone que hay uno en la calle 80, de dos dormitorios, con una vista maravillosa de los puentes. Pensé que podríamos verlo después de cenar.

Pagó la cena con una tarjeta de crédito y cuando ella vio la cantidad que dejó como propina dijo suavemente y con tristeza:

- Es demasiado, realmente es demasiado.

Tomaron un taxi hasta el departamento que se alquilaba. No tuvieron dificultad con el portero pero a Sears el edificio le pareció enorme y laberíntico. Cuando hubieron subido cuarenta o cincuenta pisos en el moderno ascensor ella abrió la puerta que daba a una habitación pequeña con vista al río, sus puentes y luces. Era encantador aunque distante. Había un living muy pequeño, una cocina, y una puerta cerrada con llave. Ella probó varias llaves.

- Sé que hay otro dormitorio con vista a la ciudad -dijo-. Eso dice aquí -le mostró la hoja dactilografiada que era una descripción de dos dormitorios, uno espacioso y con vista a la ciudad. Pero la puerta estaba

cerrada. Ninguna de las llaves que tenía andaba. Las probó todas y también lo hizo Sears.

- En realidad no importa -dijo él-. No quiero ver el otro dormitorio. El living es realmente demasiado pequeño. Quiero decir que mis muebles no entrarían. No te preocupes por mostrarme la otra habitación.

Preocupación; eso era: en verdad estaba preocupada. Cuando las llaves no abrieron la puerta, intentó forzar la cerradura con sus propias manos. Dio un puntapié a la puerta.

Entonces Sears recordó una escena con Estelle, su segunda mujer. Fue en algún aeropuerto; Londres, creía recordar. Habían llegado en un vuelo nocturno y según sus relojes eran las 03:30, una hora escandalosa. Estaban exhaustos y profundamente desorientados. Debido a alguna huelga o exceso de pasajeros a causa de una catástrofe o celebración histórica -un terremoto o una coronación-, todo el proceso de recuperación del equipaje y control de aduana se demoró excesivamente. Antes de que les permitiera pasar ya amanecía en Londres; se enfrentaron a una luz desalentadora en esa mañana especial. Salieron de la aduana y ya llevaban, las valijas a la fila de taxis cuando Estelle se detuvo e intentó abrir una puerta en la que estaba escrito PROHIBIDA LA ENTRADA en todos los idiomas europeos conocidos además del alfabeto cirílico.

Intentó forzar la cerradura tal como había hecho Renée. Golpeó el cartel con los puños y luego, también como Renée, se echó a llorar, a sollozar.

Entonces sintió cuánto quería a su mujer y hasta qué punto ignoraba los mandamientos que regían su vida. Mientras golpeaba la puerta en el amanecer de Londres le pareció producto de una creación sobre la que él no sabía nada aunque habían dormido el uno en brazos del otro durante años. Sus sentimientos hacia Renée eran confusos y profundos y cuando ella se echó a llorar la tomó en sus brazos, no para calmarla por lo de la puerta cerrada, sino para consolarla por Harol y todas las otras desilusiones de su vida. Ella lloró sobre su hombro durante unos instantes y luego cerraron el departamento y tomaron un taxi hasta el centro de la ciudad. En el taxi la besó y descubrió que sus labios eran más tiernos que todo lo que había conocido en su vida y pensó que jamás olvidaría su morbidez; y así fue. Tenía un poco más de perfume que en horas de trabajo y a él le encantó el aroma, pero cuando le rozó los pechos ella le tomó la mano suavemente y dijo:

- Esta noche no, querido, alguna otra vez.

Vivía en la calle 50; la besó al despedirse frente al departamento y le preguntó cuando la vería de nuevo-. Estaré en la iglesia bautista de la calle 83 el lunes de noche.

Ven a las 21:15 o las 21:30. Nunca se sabe cuando termina la reunión.

Al día siguiente Sears recibió una carta de un miembro joven de su firma de abogados, un hombre que no conocía, anunciándole el asesinato del abogado al que le había pedido que investigara la contaminación de la laguna: Beasley. Antes de su muerte el abogado había comprobado que la Junta de Planeamiento de Janice había replanificado la laguna como basural, eximiendo de impuestos los terrenos donde se levantaría un monumento a los caídos en la guerra. Si Sears deseaba seguir con la investigación, el joven abogado recomendaba a un ecólogo llamado Horace Chisholm.

3

Desearía que este relato comenzara con el aroma de la menta que crece en la orilla del arroyo donde estoy echado, oculto, con mi fusil, esperando para asesinar a alguien que se espera venga aquí a pescar truchas. Lo que alcanzo a ver del cielo es azul. El aroma a menta es muy fuerte y puedo oír el melodioso fluir del agua. Es un joven bien parecido que cree estar completamente solo. Parece pensar que hay cierta felicidad en la pesca de truchas con mosca. Canta mientras prepara la caña y mira el cielo y los árboles, para confirmar la naturalidad de este jardín del cual, sin que él lo sepa, está por ser despedido. Mi arma está cargada, la afirmo sobre mi hombro y hago coincidir el centro de la mira telescópica con su corazón. El aroma a menta cuestiona seriamente la naturaleza de éste o cualquier otro asesinato... Sí, preferiría ocuparme de asuntos tales como la muerte de Buster, el viejo perro de los Salazzo, pero en la época de la que escribo la pureza del agua era de interés inexorable -mucho más importante que nuestras dinastías- y los Salazzo tenían algo que ver con la pureza de la laguna Beasley.

Sammy Salazzo tenía una de las tres peluquerías del pueblo. Era un buen hombre y un buen peluquero pero le resultaba imposible vivir de sus ingresos. Vivía en una de las casitas en Hitching Post Lane, un vecindario que la televisión metropolitana mencionó una vez cuando fue arrasado por una epidemia de sarampión. Allí sólo se sabía que una casa estaba ocupada cuando en el patio del fondo había una parrilla para asar carne sobre carbón. La desaparición de la parrilla significaba que la familia se había ido y que la casa estaba en venta. La arquitectura era estilo "final feliz", o "tarjeta de salud", es decir, parecía haber sido concebida por exiliados o refugiados que pensaban obsesivamente en el retorno. La variedad de las casas era internacional. Las había inglesas, españolas, nostálgicas de un pasado reciente o con la sencillez eficiente del futuro, pero todas expresaban poderosamente una sensación de finales y retornos.

Cualquier cosa que pareciera artificial o vulgar estaba justificada porque ellas querían ser un lugar de sereno retiro.

Había sido un mal día de fines de invierno. Nadie se acercó a la peluquería excepto el cartero que sólo dejó cuentas. Sam cerró el negocio a las 17:00 y volvió a su casa en su coche, bajando las cuestas sin motor para ahorrar combustible. Es sólo con el desgano más genuino que describo la casa a la que retornó y la estupidez del programa que su mujer y sus dos hijas miraban por televisión. Era un entretenimiento en el que hacían girar una rueda y cada ganador recibía mercadería, pasajes de viaje, y a veces dinero; la entrega del premio era muy ruidosa y efusiva. Cuando entró, fue recibido por

Buster, el viejo perro. -¿Dónde está mi comida? -preguntó Sammy. Tuvo que gritar para hacerse oír por encima de la televisión.

- No hay comida -dijo la mujer-, no hay nada para comer salvo comida para perros.

- Cada semana te doy dinero para comprar comida -gritó Sammy-. ¿Qué haces con él? ¿Lo tiras a la calle?

- Con el dinero que me das no puedo comprar sino comida para perros -gritó la mujer.

- Bien, si nosotros no comemos, Buster tampoco -gritó Sammy-. Si tengo que pegarle un tiro a Buster para meter eso en tu estúpida cabeza, lo haré. -Su mujer y sus hijas o no le creyeron o estaban demasiado absortas en la televisión para prestar atención a su amenaza.

Buscó el rifle y lo cargó. Luego fue al living y apagó el televisor.

- Todas ustedes van a verlo -dijo-. Ya es tiempo de que alguien comprenda acá que la vida es una cosa muy seria. No podemos depender de la ayuda social porque tengo un negocio. Así que debemos hacer sacrificios y Buster será el primer sacrificio que haremos.

Las dos niñas se echaron a llorar:

- Oh, no, no, papito, no, no. -En los años por venir las dos hijas, desnudas en brazos de extraños, dirían con tanta intimidad como si fuera una declaración de amor:

"¿Te conté alguna vez la noche en que papito mató al perro?"

Pero en ese momento eran criaturas, confundidas por el mundo adulto y por una escena que dejaría perplejo a cualquiera por su carácter grotesco. Sabemos muy poco sobre la inteligencia canina y nada en absoluto sobre el sentido canino de la eternidad, pero Buster pareció comprender qué se esperaba de él y acogió a la oportunidad para desempeñar un papel útil en la vida de la familia aun a costa de su propia vida. Las niñas gritaban. María sollozaba profundamente y la vida se le apareció como un caos sin ninguna luz que sirviera de guía. Sammy llevó al viejo perro al patio del fondo y le ordenó que se sentara un poco a la derecha de la parrilla. Luego Sammy dio unos pasos hacia atrás y le atravesó el corazón de un tiro.

En cuanto María oyó la detonación tomó el teléfono, llamó al tío de Sam, Luigi, y le dijo que tenía que verlo. Sam pertenecía a una de esas familias del sur de Nápoles cuyas relaciones se estrechan al emigrar a un mundo nuevo. Luigi regenteaba el restaurante de la familia en el recodo del viejo camino que daba a la ruta interestatal de cuatro dígitos.

María no le dijo que quería verlo, simplemente le comunicó que iría de inmediato para allá.

El de Luigi era uno de esos restaurantes que nos recuerdan que nuestra radicación en este continente es verdaderamente reciente y que muchos de nosotros seguimos siendo extranjeros. Podrían verse los rudimentos de la Italia del sur, sus arcadas y albañilería pero, como una planta transportada descuidadamente a suelo extraño, las arcadas parecían haber perdido algo de su antigua utilidad y belleza para asumir atributos nuevos. El negocio había pasado de una rama de la familia a otra cambiando de nombre y especialidad una y otra vez. Había sido de Emilio y de Giovanni; había tenido bailarinas de torso desnudo y cantantes negras, y una vez había anunciado comida china. Cuando María entró esa noche un extraño de sucio sombrero vaquero le preguntó qué quería y cuando ella le contestó que quería ver a Luigi le dijo que no estaba. Ella lo hizo a un lado y abrió la puerta detrás del bar; encontró a Luigi mirando un noticiero de televisión. -¡Oh, Lou, Lou! -dijo llorando-. Ya sé que no soy italiana y que todos ustedes piensan que no sé cocinar y la mayoría de la familia me trata como si fuera una extraña pero ahora tienes que tratar de ayudarme. Hace unos veinte minutos llevó el perro al patio del fondo y le pegó un tiro sin importarle nada de nadie. Es porque no tenemos dinero. No necesitamos mucho, créeme. No tiene a nadie más que a nosotros. Ni siquiera quiere entrar en el cuerpo de bomberos voluntarios. Yo soy demasiado mayor para trabajar en casas de comidas rápidas y no puedo coser bastante ligero para ese taller de negreros de Lansville. Tienes que ayudarnos. -¿Sam está enfermo?

- No, no; ni siquiera está mal de la cabeza, solamente está enfermo de preocupaciones, eso es todo. -¿Ustedes viven cerca de la laguna que llaman Beasley? -preguntó Luigi.

- Sí. Vivimos en Hitching Post Lane. Más o menos a unos ocho kilómetros de acá.

- Tú le dices que venga aquí mañana a la tarde.

La cadena de energía en el clan Salazzo era pesadamente familiar y tradicional.

En Italia habían tenido una casa en la costa antes de la bancarrota del Mediterráneo, pero no gozaban de ninguno de los atributos de los pueblos marítimos con excepción de los piratas. Tampoco eran un pueblo montaños. Quizá todo lo que se podía decir era que habían sido gente muy pobre. Los miembros eminentes de la familia invitaban ahora al gobernador a los casamientos y dos de ellos habían cenado en la Casa Blanca. Sam conocía a esa rama de los Salazzo por lo que leía en los diarios. Él era uno más entre los muchos peluqueros, bombeadores de nafta y albañiles que componían el proletariado Salazzo. Todo eso fue cierto hasta la noche en que mató al perro. A la noche siguiente llegó a la casa un gran automóvil negro y un joven, que no era miembro de la

familia, invitó a Sam a ser vicepresidente de la Comisión del Gobernador para el uso desinteresado de la laguna Beasley. Recibiría un salario tres veces superior a lo que ganaba en un buen día en la peluquería. Tenía que evitar cualquier tipo de exhibicionismo, por ejemplo no debía comprar un auto nuevo pero la organización le ayudaría a invertir sus ahorros favorablemente. Su única obligación sería percibir los pagos al contado de los que descargaban basura para el relleno de la laguna Beasley.

Tres días después Sam puso un cartel que decía SE ALQUILA en la vidriera de la peluquería y una mañana, a las 07:00, fue a la laguna Beasley donde lo esperaba un camión volcador de cinco ejes y dieciocho ruedas. El precio era de ochenta dólares la descarga y en su primer día Sam recolectó casi seis mil. Llevaba un libro para registrar las descargas y le habían entregado una bolsa de cuero para el efectivo. Sabía lo suficiente sobre aquellos Salazzo para ser escrupulosamente honesto y, si bien la reputación de los italianos del sur como asesinos era muy exagerada, él no tenía ninguna tendencia a robar. Todas las noches a las 19:00, con cierta puntualidad, llegaban a su casa dos hombres en un gran auto negro para recoger el dinero.

Los recaudadores no eran especialmente siniestros. El mayor era uno de esos viejos italianos pequeños, que siempre llevan el sombrero inclinado hacia adelante sobre las cejas, aun en los días lluviosos, como si les molestara el reflejo de un sol equinoccial.

Esos mismos viejos que caminan con las rodillas bien altas en el aire como si estuvieran eternamente trepando esas colinas en cuyas cimas reside buena parte de Italia. El más joven tenía bigote y sonreía mucho. Los dos rehusaban el vino y el café y se negaban a sentarse; los viernes pagaban el salario a Sam. Era mucho más dinero del que había tenido jamás. Entregaba a María sólo una parte aunque no era mezquino.

El único testigo del asesinato de Buster había sido Betsy Logan, que vivía en la casa de al lado. Era una mujer joven, con dos criaturas, cuyo marido trabajaba en el correo.

Los Salazzo y los Logan no eran amigos, quizá porque las hijas de los Salazzo eran demasiado mayores para jugar con los hijos de Betsy Logan. El único acercamiento había sido a través de Buster, que acudía a la mesa de los Logan en busca de restos de comida. Cuando Betsy vio que Sam mataba a Buster sintió odio y desprecio por su vecino. Días después observó el cartel de SE ALQUILA en la vidriera de la peluquería y desde la ventana de su cocina vio los desconocidos que llegaban todas las noches a la casa al caer el crepúsculo. Sam había rescatado una silla rota de la basura que echaban en la laguna en la que se sentaba cuando recaudaba el dinero.

Betsy había visto a Sam reposando en ella cuando fue en su auto al supermercado Buy Brite, en la interestatal. Parecía supervisar la muerte

de la laguna Beasley, aunque Betsy siempre lo vería como el asesino. de un perro viejo y cariñoso.

Al cabo de un mes más o menos Sears se había familiarizado con muchas casas parroquiales y templos y, también, con los alrededores de la Nueva escuela de Investigaciones Sociales donde Renée estudiaba contabilidad los viernes por la noche.

Sears era un espécimen tradicional, con un concepto tradicional y a veces burdo del papel de la mujer en el mundo pero la innegable belleza de ella parecía asegurarle un lugar en la corriente. Una mujer atractiva que estudiaba aritmética le parecía algo divertido, y la gente que concurría a la clase contabilidad presentaba un aspecto muy aceptable, amistoso y serio. Por el contrario, las otras reuniones a las que dedicaba hasta tres noches por semana, seguían perturbándolo por su total falta de uniformidad. Noche tras noche los veía como un grupo de gente dispersado al estallar una tormenta eléctrica en vísperas de un feriado en cualquier parque del mundo occidental.

El portero de San Anselmo le había dicho que esas reuniones tenían como meta la abstinencia de sexo, comida, alcohol y tabaco. Él había sufrido bastantes molestias debido a sus exigencias carnales pero no podía imaginar que eso fuera a solucionarse en una casa parroquial con fuertes corrientes de aire. Jamás había fumado, su peso era siempre el mismo y gozaba profundamente de la bebida. Como digo, la autoridad de la atractiva presencia de Renée (parecía demasiado afable para considerarla una beldad) convertía su relación con ese grupo extraño en algo más bien agradable. Le permitía besarla al despedirse, y le bastaba pensar en la morbidez de sus labios y el aroma de sus pechos para decirse que la hubiera esperado hasta en el pozo de una mina abandonada.

Siendo mujer era relativamente puntual y Sears había llegado a la conclusión de que la puntualidad en las citas era una medida infalible de espontaneidad sexual. Había observado que, sin excepción, las mujeres que llegaban tarde a las citas para cenar se atrasaban inconscientemente en sus éxtasis eróticos y que las mujeres que llegaban temprano para el almuerzo o la cena llegaban al clímax en el taxi de vuelta a casa.

Naturalmente Renée no podía influir en la duración de las sesiones a las que asistía y Sears no sentía sino placer en esperada en casas parroquiales y templos; había comenzado a interesarle observar la gente con que ella se mezclaba, en parte porque eran conocidos de ella, en parte porque, debido a la circunstancias, se veía obligado a tomarlos en cuenta y además constituían un constante desafío a su sentido común. Las fuentes de elección tradicionales -los clubes, el registro social y las listas profesionales- eran obsoletas, lo sabía, pero sentía la necesidad de mantener algún resto o sospecha de casta para

comprender el mundo y gozar de él. Esa gente no sólo parecía no pertenecer a ninguna sociedad organizada; es más, parecían detestar la mera posibilidad de que eso ocurriera. Constituían una verdadera sección representativa: algo que él aborrecía.

Pero dado que en el fondo de ese grupo había cierta clase de abstinencia, continencia o algún valor moral intangible, ¿cómo se podía esperar nada que no fuera un conglomerado desigual? Parecería que la vida del espíritu no es tenida en cuenta para la constitución de las castas. Por lo menos no en el mundo occidental. La cristiandad primitiva desempeñaba el mayor papel. De modo que, surgido de una generación que quizá podría caracterizarse por la intensidad de su tendencia a quejarse, suponía que no podía despreciar a hombres y mujeres que iban en busca de algo mejor. El Leitmotiv de su época era que las cosas habían sido mejores. Lo habían cantado sus mayores, sus relaciones, se lo había oído cantar en la universidad a Toynbee y a Spengler. Las cosas habían sido mejores, las cosas empeoraban, y las sombras morales e intelectuales cada vez más largas que cubrían el mundo occidental eran distintivas. ¡Qué aburrimiento tener que vivir en ese crepúsculo otoñal auto inducido! Sears suponía que esos extraños, esa rara congregación, estarían de acuerdo con él. Sin embargo, no pensaba abdicar de su vanidad y sus convicciones personales a cambio de compañía.

Pero ella siempre estaba allí, con esa gracia y ligereza que complementaban hermosamente su edad. Cenaban, bromeaban y ella le daba un beso de despedida frente a su casa. Hasta una noche lo llamó por teléfono para invitarlo: no se encontrarían en algún templo sino en su departamento.

- No te preocupes de reservar mesa -le dijo-. Cocinaré yo.

Fue una noche lluviosa. Sería muy poco característico de Sears vincular el ruido de la lluvia a su limitado conocimiento del amor, pero en realidad había alguna relación.

Parecía que casi todo lo que sabía del amor le había sido revelado mientras escuchaba la música de la lluvia. Chubascos, tormentas, lluvias torrenciales; unidas al recuerdo con el amor, aunque esto no le pasó por la mente cuando esa noche se bañaba y se vestía muy cuidadosamente. La lluvia tiene importancia agrícola y la abundancia quizá estuviera involucrada en aquella sensación, ya que es uno de los aspectos del amor.

Hasta cierto punto, también la oscuridad pertenece a la lluvia y, en cierta medida, el amor. Había agradecido su dicha en innumerables camas mientras oía la lluvia sobre el techo, caer de una canaleta defectuosa o sobre campos y jardines y sobre techos y patios de muchas ciudades. Esa noche cruzó la ciudad caminando bajo la lluvia.

En la época sobre la cual escribo salir a trotar era muy popular en todas las ciudades del mundo que conocía. Al caer el día en Rotterdam o

Moscú, en el brillante resplandor crepuscular que a veces ofrece Nueva York o en las primeras nieves de Copenhagen, se veían hombres y mujeres de todas las edades y aspectos imaginables que salían a gozar de una carrerita. Las únicas recompensas que recibían por sus esfuerzos eran trofeos pequeños y sin valor. La comercialización llegaría, por cierto, pero más tarde, y el aerobismo era en esos días uno de los pocos empeños humanos agotadores que no tenían absolutamente nada que ver con Bancos. Una noche en Amsterdam o Leningracló (Sears no recordaba cuál ciudad pero debió de haber sido un sitio donde conociera algo del idioma) había detenido a una docena de corredores y les había preguntado por qué corrían.

- Para encontrarme a mí mismo -dijeron-. Para perder peso, porque estoy enamorado, para olvidar mis deudas, porque tengo el pene enhiesto desde hace tres semanas y -necesito enfriarlo, para escapar de mi suegra, por la gloria de Dios.

Todas las respuestas le parecieron satisfactorias y comprensibles y cada vez que en el crepúsculo en Des Moines, Venice o Calgary, veía aparecer a los trotadores le parecían la sal de la tierra, la prueba tenaz e irreductible del ansia de superación del hombre. Mientras cruzaba la ciudad esa noche muchos corredores pasaron a su lado.

Renée lo recibió en la puerta con un peinador azul muy usado. Él se sacó la ropa en un minuto.

- Sabía que no aguantabas más -le dijo ella, dulcemente después.

- Quemaste la verdura -le retrucó él.

- Puse todo en el fondo del horno cuando llamaste desde abajo -se defendió ella.

Pasó la noche allí y se fue alrededor de las 09:00. Ascensoristas, porteros, todo el elenco del personal de servicio, desempeña un papel importante al aprobar o sorprenderse de nuestras apariciones fuera de la rutina, y el ascensorista del departamento de Renée pareció sorprendido y perplejo al ver a Sears. Una mirada solícita siguió a la de perplejidad, como si se preocupara por el visitante. Preguntó si quería que le consiguiera un taxi. Sears le agradeció y le dijo que no. Ya lo consideraba miembro del elenco y, aunque todavía no era tiempo, se preguntó cómo arreglarían la propina de Navidad en ese edificio. ¡Oh el viento y la lluvia! En Janice, María Salazzo compró unas campanillas de bambú en Buy Brite apenas le sobró un poco de dinero, después que Sam mató al perro.

Una noche al principio de la primavera Betsy oyó las campanillas por primera vez mientras preparaba la cena. Sam Salazzo las había colgado del cielo raso del porche trasero de su casa, que estaba muy cerca de la cocina de los Logan, y aunque Betsy cerró la ventana siguió oyendo el sonido de las campanillas. Más tarde el tintinear la despertó. Eran las

03:00 y no pudo volver a dormir. Las campanillas parecían hablarle aunque Betsy no quería tener nada que ver con ellas. Se culpó a sí misma: Los Salazzo le disgustaban porque habían matado a aquel hermoso perro y por todo lo demás, incluso la campanilla. Era culpa de ellos que no pudiera volver a dormirse hasta el amanecer y cuando el despertador le cortó el sueño lo primero que oyó fue el tintinear de las campanillas.

Betsy tenía un trabajo de medio turno como archivera en la fábrica de lámparas Scandinavia; cuando volvió a su casa y hubo pagado a la señora mayor que se quedaba con Binxie oyó las campanillas de nuevo. Cerró la ventana. Aún le parecía oírlas; fue arriba y cerró todas las ventanas de ese lado de la casa. Era una noche cálida para esa estación del año y, cuando Henry volvió, la besó y le preguntó por qué tenía todas las ventanas cerradas.

- Las campanillas de los Salazzo me están volviendo loca -le dijo Betsy-. Seré una neurótica o algo así pero odio el ruido que hacen.

- Levantaré el volumen de la televisión para que no las oigas -dijo Henry, y lo hizo, pero cuando apagó el televisor y se acostaron a eso de las 23:00 Betsy oyó las campanillas de nuevo, contando su historia ininterrumpidamente, en una lengua que no comprendía. Consideraba a los Salazzo mucho menos sensibles y refinados que ella y Henry, y pensó que su insensibilidad implicaba una indiferencia hacia los sonidos del mundo que los rodeaba, incluso los sonidos de esas campanillas. De todos modos, la volvieron a despertar a las 03:00 y la tuvieron desvelada hasta el amanecer. No alcanzaba a discernir qué era lo que la perturbaba en el sonido que producían, pero le parecía un ruido perturbador. Cuando volvió a la casa la noche siguiente y se estaba sacando los zapatos llamó a su amiga, Liz Holland, y le contó su problema. -¿Por qué no les pides que las saquen? -preguntó Liz-. Diles simplemente que te están volviendo loca. O quizá sea mejor primero preguntarles cortésmente si las oyen y si el ruido no les molesta. ¿Por qué no lo intentas?

En esa época del año los Salazzo casi nunca salían de su casa, salvo para ir a trabajar. Hacía demasiado frío como para ponerse a llenar la nueva piscina de lona y no había césped para cortar. Betsy no quería tratar el problema por teléfono pero la noche siguiente, mientras sacaba de la heladera unas verduras congeladas, vio que María Salazzo bajaba por la escalera trasera con la bolsa de residuos. Betsy salió de su casa corriendo y cruzó el patio. -¿No ha sido un día hermoso? -preguntó.

- Depende de lo que estuviera haciendo -respondió ella. Golpeó la bolsa contra el balde. Betsy había oído que a veces María bebía bastante. Deseó que no estuviera borracha.

- Veo que tiene unas campanillas nuevas -dijo Betsy.

- Las conseguí en una liquidación en Buy Brite -dijo María-, pero creo que no les quedan más. Tengo una amiga que se ocupa de objetos orientales que quizá pueda conseguirle una.

- Oh, no. No es eso -dijo Betsy-. Sólo me preguntaba si ustedes las oyen tan fuerte como nosotros.

- Por supuesto que las oigo -dijo María-. ¿Para qué cree que las compré?

- Bueno, lo que ocurre es que las oímos demasiado -titubeó Betsy. Estaba luchando. Decir que las campanillas la mantenían despierta sonaría como confesar que tenía dificultad para dormir-; Quiero decir, me pregunto si no podría detenerlas por la noche...

- Debe de estar volviéndose loca -dijo María-. ¿Cómo voy a detener el viento?

Durante las semanas siguientes Renée se rehusó a aceptar regalos de Sears. Ella le obsequió una bufanda, guantes y un par de gemelos pero cuando él le regaló una alhaja, lo obligó a devolverla. "No entiendes nada de mujeres", le dijo dándole un beso. Las exigencias sexuales de Sears le habían causado gran placer, alguna molestia y la dolorosa sospecha de que las polaridades de su personalidad eran seriamente incompatibles y que el único mito que se adaptaba a su temperamento era el del doctor Jekyll y el señor Hyde. Ella no había leído el libro pero había visto el filmé. La comprensión de Renée, su buena voluntad para satisfacerlo dentro de taxis y pasillos eran de un encanto que él no recordaba haber experimentado jamás. Entre ellos existía un acuerdo tácito. Una vez ella había afirmado, por encima del hombro, que las descargas masculinas constituían en su opinión la crema facial más restauradora, y si bien él oyó la observación, la olvidó rápidamente ya que los aspectos clínicos de la carnalidad no eran los que más le interesaban. La importunidad de él y la profunda preocupación de ella por la juventud eran datos, pero datos que él dejaba de lado ya que al construir un útil paradigma del amor se incluyen diversas necesidades orgánicas que no contribuyen en nada al placer que los humanos se proporcionan mutuamente. Ambos tenían algo que el otro necesitaba.

Merced a su vasta experiencia la catalogó dentro de esa clase de mujeres cuyo vestíbulo está siempre en desorden. Era de aquellas que siempre olvidan comprar las naranjas y cuando se despierta con ella en los brazos uno comprende que lo primero que hay que hacer es ponerse los pantalones y salir a comprar fruta. De esas mujeres que en cuanto entran en su departamento encienden las luces y echan a andar el tocadiscos. La primera vez que Sears entró en el departamento de ella se oía música, y se seguiría oyendo cuando él ya hubiera partido y estuviera olvidado. Sabía, por experiencia, que el silencio, la ausencia de música era, para algunos hombres y mujeres tan ominoso como la oscuridad. Parecía una necesidad genuina como la proteína o el azúcar pero, en el caso de Renée, la música continua presentaba un problema con el que jamás se había topado antes. Una noche, cuando hacían el amor y el tocadiscos pasaba un concierto romántico de piano que terminaba con una sucesión de golpeteos percusivos, falsos y volcánicos, Sears sintió que le ocurría lo mismo que al pianista. Cada vez que parecía ascender a la cumbre final caía en un espectral pozo de octavas graves y debía comenzar el ascenso una vez más. Finalmente, Renée preguntó con gran ternura: -¿No vas a acabar nunca?

- Mientras no lo haga el pianista, no -replicó Sears. Fue enteramente cierto y ambos hombres concluyeron su acto juntos. Sears jamás supo si ella lo había comprendido o no.

La hubiera descrito como una mujer inteligente aunque de vez en cuando lo sorprendía y desilusionaba. No sabía una palabra sobre radiactividad. Cuando él llegó una noche, muy cansado, después de una reunión de directorio, y trató de explicarle la razón de su agotamiento, ella pareció aburrirse y no comprender aunque él lo consideraba muy simple. Esa tarde el grupo propietario de su firma había adquirido una línea aérea cuyas ventas triplicaban las de ellos. Le explicó que ningún grupo financiero debía comprometerse demasiado. Como bien debía saber ella, la especialización, en lo que sea, es muy peligrosa. Considerando las inversiones nucleares: el costo de la explotación del uranio había subido de diez a cuarenta dólares el medio kilo, mientras el precio había bajado de cuarenta dólares a poco menos de veintiocho. La línea aérea que habían comprado necesitaba jefes ejecutivos dinámicos que revirtieran las pérdidas de veinte millones del año anterior. Si bien ella dejó escapar un silbido ante esa cifra, no comprendió en absoluto que la superioridad de su firma estaba en que ellos habían perdido treinta y siete millones. Pese a todo la hubiera descrito como una mujer despierta.

La hermana de ella decidió ir a la ciudad así que Sears no vería a Renée durante una semana más o menos. La echaba mucho de menos. La privación física era considerable y aguda. El día que la hermana partió, ella estuvo de acuerdo en encontrarse para almorzar y lo invitó a su casa a las 13:00. Él supuso que lo recibiría con su vieja bata azul y que, después de hacer el amor, encargarían sandwiches. Mientras se vestía para la cita trató de recordar qué corbatas, camisas y trajes había dicho Renée que le gustaban pero luego se le ocurrió que al minuto o dos de entrar en el departamento se habría sacado la ropa de modo que no tenía sentido pensar tanto. Hasta decidió no usar ropa interior para no retrasar la desnudez. Mientras acomodaba sus genitales dentro del pantalón valía la pena observar la expresión de su cara.

Sears era un hombre reflexivo, no mostraba descaro ni arrogancia en su expresión, pero de ella parecía emanar cierta autoridad o algo parecido, como si esos vulgarísimos órganos que absolutamente todos los hombres del planeta poseen fueran un tesoro singular, como la lapicera usada para firmar aquel Tratado de Versailles que dejó a Bulgaria sin Macedonia ni costa sobre el Egeo, que creó varias nuevas naciones pependieras en los Balcanes, expatrió y dejó sin hogar a grandes poblaciones y cedió a Polonia un corredor al Báltico, sembrando la semilla de futuras discordias y guerras. Al acomodarse dentro del pantalón, Sears parecía estar pensando que hacía historia.

Ese día no había taxis. Casi corrió hasta el departamento de ella y entró en el ascensor sin aliento. "Doce B", dijo al ascensorista. Era el mismo hombre que lo había observado curioso la primera mañana. Sears se dijo que esa cara poseía cierta inocencia, de modo que no podía atribuir a maldad la conversación que siguió. -¿Usted es el padre? -preguntó el ascensorista.

- No -musitó Sears. Apenas podía hablar. -¿El abuelo, entonces...?

- Soy el tío -dijo Sears.

- Entonces la habrá conocido cuando era una niñita -sonrió el ascensorista-.

Ahora es linda pero no dejo de pensar que de niña debe de haber sido hermosa.

Fue un golpe, un golpe que lo dejó atontado, aunque hubiera debido esperado por la manera en que ella zarandeaba el traste. Bastaba caminar detrás de ella hasta una mesa en el restaurante para notar que promovía una tácita pugna erótica que debía dejar a los mozos y demás competidores convencidos de que Sears era un viejo que al sacarse la ropa no exhibiría nada interesante salvo un reloj costoso. Había notado tal pugna pero siempre se había considerado victorioso. Aquel golpe fue devastador.

Cuando Renée abrió la puerta no llevaba puesta la vieja bata azul. Llevaba el traje sastre que tenía cuando le mostró un departamento por primera vez, y también guantes y sombrero. Tenía puestos además los anteojos que usaba para leer y otro par, oscuro, por motivos de cosmética o para filtrar la luz.

- Oh, querida -gimió él.

- Reservé mesa en el Tombeau de Couperin -anunció ella.

- Te he extrañado terriblemente -continuó él-. Te deseo tanto que no puedo comer. -Se desabrochó los pantalones y los dejó caer hasta las rodillas.

- Lo siento -respondió ella-, pero no puedo ayudarte.

- No me hables así -dijo-. No me hables como si fueras una vendedora que informa al cliente que han dejado de vender cierto artículo. Sabes perfectamente bien que puedes ayudarme.

- No hay nada entre nosotros -dijo ella. -¡Te la he metido cientos de veces! -gritó-. y si eso no es nada me parece que eres altamente inmoral. ¡Pasé la mañana esperando verte con tu bata azul y te has echado encima todo salvo las fundas de los muebles! -¿Vas a llevarme a almorzar o no? -preguntó ella-. Si estás demasiado confundido para hacerlo puedo aceptar otra invitación que he dejado pendiente.

- Te traeré unas flores -dijo él. Se levantó y se abrochó los pantalones-.

Espérame aquí. Vuelvo enseguida.

Ella realmente amaba las flores, pensó. Las flores ejercían sobre ella una fuerte seducción y con toda seguridad un ramo de flores haría ceder esa severidad tan poco características de ella. Corrió a la florería más cercana pero estaba cerrada. Llamó un taxi y pidió que lo llevara a una florería. La búsqueda fue larga pero por fin encontraron una donde compró dos docenas de rosas amarillas. El amarillo era su color. A menudo le había oído decir que amaba el amarillo. De vuelta en el departamento llamó un largo rato, media hora quizá, antes de aceptar que se había ido.

Sears creía en la existencia de unos Balcanes del espíritu en los que las aldeas se iluminaban con fuego y los osos pesaban más de trescientos kilos; a ellos se sintió transportado sin poder hacer nada para impedirlo. Como había hecho varios viajes de negocios a los Balcanes, ese mundo le era bastante familiar. Se imaginó un lunes triste en los últimos meses del año, noviembre probablemente; iba a nevar y hacía frío en el hotel. No había agua caliente para afeitarse, no había agua para nada y tampoco había manera de conseguirla. Se vistió y salió, sólo para descubrir que el ascensor estaba descompuesto. Bajó los cinco o seis tramos de escalones gastados y malolientes que llevaban al café. Allí no había más que una camarera fea, con un uniforme muy sucio, que sacaba el polvo a un gomero con una página del diario que publicaba el tiránico gobierno con fines de propaganda, falseando incluso las noticias referidas al clima.

Cuando pidió café, la camarera puso mala cara; comprendió que estaba en una de las provincias que después de haber soportado la ocupación turca durante siglos no habían vuelto a ver café desde que Alejandro II las liberó en 1878.

Salió. El nombre de la calle conmemoraba el Plebiscito del 3 de Abril. Dobló a la derecha en busca de un café y se encontró en la calle Eleanor Markova. Él no lo sabía pero Eleanor Markova había sido martirizada por los fascistas durante la década del cuarenta. La calle Markova llevaba a la calle Liberación y caminó por ella hasta la avenida Libertad. Luego siguió por el bulevar Proletariado y la plaza Victoria. No olió café en ninguna parte y no vio sonrisas ni belleza de ninguna especie, ni siquiera un par de cejas que prometiera comprensión como hacen ciertas cejas.

Sears había sido criado por hombres y mujeres cariñosos y generosos, así que resultaba extraño que semejante ciudad montañesa abandonada hubiera permanecido en su memoria. Él era realmente ajeno a toda hostilidad y sin embargo en ese momento la hostilidad parecía ser su hogar. Había amado a sus queridos padres, había apreciado a sus maestros y amigos quienes, a su vez, lo habían apreciado a él y el amor había iluminado incluso su experiencia militar; entonces ¿por qué había de parecer tan susceptible a una hostilidad que jamás había conocido?

Parecía haber llegado a sus Balcanes en avión. El avión era grande y él viajaba en primera clase pero se encontraba en un aeropuerto donde

nadie podía decirle cuando partía su avión, nadie hablaba ningún idioma que él conociera. Su pena se acercaba más a la de un viajero que a la de un amante. La agotadora búsqueda del equipaje, el ridículo intento de conquistar a los hombres de la aduana, el reprimido deseo de enviar a la escuela a esos vagabundos venéreos que rondan por los uriniales de los aeropuertos, todo había contribuido a su sensación de abandono y su temor creciente.

La puerta del ascensor se abrió. No era ella. Era el ascensorista. Llevaba ropa de calle y sombrero. Fue directamente hasta donde estaba Sears y lo abrazó. Sears apoyó la cabeza sobre el hombro del ascensorista. El abrazo del extraño pareció abarcar ese reciente territorio de soledad que había asustado a Sears. Parecía saberlo todo acerca de esa ciudad montañosa en la que no había belleza, ni café, y en la que una camarera fea limpiaba las hojas de un gomero con un periódico oficialista.

Lo que dijo entonces el ascensorista lo sorprendió mucho.

- Desde la primera semana estoy preocupado por usted -dijo. Lo que siguió le resultó a Sears una sorpresa aun mayor. Sears había tratado genuinamente de comportarse eróticamente con la rectitud del Libro de Pares, de Burke, el Registro Social de Nueva York o la primera época del Metropolitan Club. Sabía que ninguno de ellos era realmente selectivo pero tenían el resplandor, el brillo de algo elegido, un aire de ordenación que había admirado sin reparar en ello. El extraño, cuyo nombre no conocía, lo llevó a una pequeña habitación que daba al vestíbulo, en la que desvistió a Sears y se desvistió él. La siguiente parada de Sears fue, naturalmente, el consultorio de un psiquiatra.

Uno de los varios placeres que tenía Betsy en la vida era ir a Buy Brite, un supermercado enorme ubicado en el centro comercial de la ruta interestatal de cuatro dígitos. Le encantaba empujar el carrito con sus lindas rueditas con llantas de goma a través de un paraíso de artículos de primera necesidad, verduras, carnes, pescado, pan y tortas, al compás de la música de moda en el año en que se enamoró de Henry. Luego, al pagar lo que había elegido, recibía el talón de una rifa que podía convertirla en ganadora de cien mil dólares o un viaje a algún lugar como Honolulu. Betsy no tenía ningún interés en absoluto en la paleontología del trueque y los mercados, pero la pureza y sencillez de la abundancia que mostraba Buy Brite recordaban los mercados y festivales de nuestra historia primitiva.

Nuestras fortalezas han sobrevivido a los mercados del pasado porque fueron construidas para ser inexpugnables, desarrollando la idea de que el miedo y la belicosidad fueron la piedra angular de nuestras comunidades primitivas cuando, en realidad, esas encrucijadas en las que los hombres se encontraban para trocar pescado por canastas, verdura por carne y oro por novias fueron los lugares donde primero aprendimos a conocernos y comunicamos. El entusiasmo de Betsy por hacer, compras en Buy Brite puede haberse debido en parte a que participaba así en uno de los ritos más antiguos de nuestra civilización.

Esa tarde había dejado a los niños solos en casa para ir a Buy Brite a comprar un detergente que le parecía eficiente, simpático y barato. Se llamaba Flotilla. Buy Brite no tenía más que una entrada y una salida. Los estantes de los jabones estaban muy lejos de la entrada y mientras iba hacia allí Betsy recogió una bolsa de papas fritas congeladas en oferta, un frasco de salsa Teriyaki, una caja de galletitas, una docena de huevos y un par de calcetines. Limitó sus compras a menos de diez artículos para poder pagar en una caja rápida. Su hijo Randy era una criatura inteligente y obediente, pero uno nunca podía estar seguro. Una tarde se había emborrachado con extracto de vainilla y otra vez lo encontraron jugando con fósforos. Betsy habría prestado atención a la música ambiental mientras buscaba el jabón Flotilla si hubiera sido música con la que había bailado o música que le recordara el placer de bailar. Betsy pertenecía a esa generación para la que el aire estaba casi siempre lleno de música. Oía música en todos lados; a veces incluso en el teléfono mientras esperaba que contestaran su llamada. De alguna manera esto la había vuelto poco perceptiva. Jamás hubiera notado que esa mañana resonaba en el ambiente de Buy Brite la música más famosa del siglo XVIII.

La música había sido elegida por el sobrino de uno de los accionistas mayoritarios para quien escuchar los ecos del siglo XVIII en el tumulto de un centro comercial contemporáneo constituía una agradable ironía.

Era un joven espiritualmente pobre que no llegaría a nada y la ironía en la que se regodeaba sería olvidada en un mes, más o menos. Por supuesto que tal ironía no existe. La capital de Brandeburgo era una ciudad comercial y en los días de verano, cuando las puertas de la catedral quedaban abiertas, los tenderos y mercaderes seguramente escucharían los grandes conciertos. Betsy empujó su carrito hacia la caja rápida al compás de la música que quizá haya contribuido más que ninguna otra voz a nuestro concepto de nobleza. Betsy y su carrito iban hacia la caja 9.

También estaba allí María Salazzo. Dado que antes siempre había tenido que reparar cuidadosamente en el precio de todo lo que compraba, e intentado -aunque no muy exitosamente- reducir gastos coleccionando cupones, ir ahora a la tienda con cien o más dólares para gastar era una experiencia nueva para ella, le producía una sensación de libertad y poder que la embriagaba. Fue quizá por esa embriagadora sensación de poder que se dirigió a la caja rápida a pesar de que llevaba el carrito desbordante de artículos, al mismo tiempo que Betsy. La escena de las campanillas había creado cierta tirantez entre ellas y no se hablaban. Iban codo a codo pero María, estimulada quizá por su sensación de riqueza, se adelantó a Betsy por la derecha. La fila era bastante larga porque a esa hora del día -era el crepúsculo-, los compradores iban a buscar lo que habían olvidado para la cena. En el primer lugar había un joven con dos envases de alimento para gatos. Luego un negro con una bolsa de papas fritas, una caja de queso, una lata de jugo de manzana y una novela sobre la vida sexual en Las Vegas. Más atrás una mujer con una docena de naranjas en una bolsa, seguida por María con el carro lleno de comida suficiente para una semana. La empleada estaba demasiado cansada como para hacerla salir de la fila y comenzó a registrar su compra.

A través de los ventanales Betsy vio que había comenzado a caer una tenue llovizna. Estaba preocupada porque había dejado a las criaturas solas. El nombre de la cajera era Maybelle como podía leerse en su distintivo.

- Maybelle -dijo Betsy-, ¿tendría la bondad de explicar a la señora que ésta es la caja rápida para los compradores que sólo llevan nueve artículos?

- Si ella no sabe leer, no soy yo la que va a enseñarle -dijo Maybelle. Unas diez personas de la fila ubicadas detrás de Betsy demostraron su aprobación-. Ya es tiempo de que alguien diga algo -dijo un negro.

- Dígaselo, señora, dígaselo -dijo un viejo que portaba comida congelada-.

Simplemente no puedo soportar a la gente que se abusa de la bondad de los demás. Es como el fascismo. Ella está, violando la ley, y todos nosotros somos demasiado educados para decir nada. ¿Por qué supone usted que ha puesto un cartel que dice nueve artículos? Es para que la

tienda sea más eficiente. Esa mujer no es ni más ni menos que una ratera, sólo que no roba comida, roba tiempo, no a la gerencia, sino a nosotros. La gente como usted provoca guerras. -¿Quiere callarse la boca? -exclamó María-. ¡No se meta en lo que no le importa!

- Da la casualidad que sí nos importa -dijo Betsy-. A todos. Ese cartel dice que la caja es para nueve artículos o menos y está allí para todos los que saben leer.

- A ellos no. les importa -musitó María.

- Entonces ¿por qué pusieron el cartel si no les importa?

- Por lo menos puedo decirle una cosa -dijo María-. No pusieron el cartel para que los agitadores interfieran en los asuntos de los demás.

- Es asunto de todos -recalcó Betsy-. Exactamente como conducir por la derecha. Hay algunas normas básicas que hay que cumplir o la vida se detiene. He dejado a mis dos hijos solos en casa porque calculaba pasar por la caja rápida sin tener que esperar detrás de alguien que hace compras para toda la semana.

- Dígaselo, señora, dígaselo -gritó un hombre desde el final de la fila-. Tiene mi voto.

- Esta caja es para nueve artículos o menos -continuó Betsy-, y me voy a ocupar de que se obedezca la regla. -Tomó una docena de huevos del mostrador y los puso de vuelta en el carrito de María. María le aferró la mano y los huevos cayeron al piso y se rompieron.

- Saque la mano de mis cosas -gritó María-. Saque la mano de mis cosas o llamaré a la policía. -Introdujo la mano en el carrito de Betsy, sacó una docena de huevos y los dejó caer al piso.

Entonces Betsy, en un acceso de furia irresistible, tomó el carrito de María y, atrayéndolo hacia ella, hizo caer todo al suelo. Igualmente arrebatada y apasionada, como si se sintiera un personaje en alguna antigua tienda patriótica o religiosa, María se lanzó contra Betsy con la mano en alto. Las voces que se quejaban y los gritos atrajeron gente y unos cien clientes con sus respectivos carritos se apiñaron para mirar a esas mujeres que luchaban por sus compras y principios. Finalmente el gerente, ayudado por algunos miembros de la multitud, logró separar a las dos mujeres y despacharlas, por separado, al crepúsculo lluvioso.

En la época a la que me refiero, las modas curativas cambiaban rápidamente y muchos analistas de la línea conservadora habían terminado limpiando parabrisas en los lavaderos de autos. La palabra "terapeuta" hacía tiempo que estaba pasada de moda y había sido reemplazada por el viejo vocablo "psicoanalista". Quizá la creencia más extendida en ese momento en el mundo occidental fuera la convicción de que se podía penetrar en el misterio de la vida a través de la interpretación de los sueños y el análisis exhaustivo de los primeros años de vida. Aquello era como edificar sobre las ruinas del confesionario y la reforma del papel de los padres en la educación de los hijos. El vocabulario freudiano se había introducido a fondo en el idioma corriente y cuando la camarera de los restaurantes para camioneros derramaba la cerveza decía: "Epa. Fue un desliz freudiano". Si se le preguntaba qué quería decir con eso, contestaba: "¿Qué pasa con usted? ¿Nació ayer? Freudiano quiere decir escurridizo. Despáblese."

Sears aludió a la palabra "alienista" en busca de consuelo, porque se usaba cuando él era joven y porque describía la angustia que lo había atormentado mientras estuvo parado con sus rosas amarillas ante la puerta que no se abría. No había habido nada extraño en tal escena y sin embargo se había sentido más cruelmente apartado de lo que jamás se había sentido en un lunes nublado en algún pueblo de montaña en los Cárpatos. Su médico le había dado una lista de psiquiatras y él eligió un doctor llamado Palmer porque había conocido una feliz familia de ese nombre en las callejuelas sombreadas por álamos de su serena juventud. El doctor Palmer contestó personalmente la llamada y Sears concertó una cita.

El consultorio del médico adolecía de las mismas reducidas proporciones que Sears había observado en la oficina de Renée. Compartía la sala de espera, al baño y la mesa con revistas viejas con otros médicos. Era un hombre alto que Sears habría descrito como poco agradable. El doctor Palmer era muy calvo y en general daba la impresión de gran tamaño. A Sears le pareció extrañamente mal entrazado considerando que se domiciliaba en un barrio rico pero, luego de pensarlo mejor, lo atribuyó a una impresión personal. Sears estaba equivocado. El doctor Palmer lucía raído porque necesitaba dinero desesperadamente. Tenía muy poco éxito, lo acosaba la intensa y maligna política de su profesión y le preocupaban los vencimientos del alquiler. Si se considera el problema para el que Sears buscaba consejo, su elección resultó ser muy desafortunada. El doctor Palmer era una "solterona" homosexual.

Por "solterona" se entiende que el doctor Palmer poseía una combinación de deseo ardiente y represión despiadada que había exacerbado sus sentimientos en tal cuestión.

De vez en cuando había sufrido erecciones accidentales ante un torso masculino desnudo y anónimo o ante la curva de una columna vertebral masculina y había tratado a esas cándidas reacciones con represión vigilante. En realidad había aplastado estas erecciones ocasionales como si ellas atentaran contra el paradigma que le proporcionaba equilibrio. Era víctima de un mal erótico que en sociedades anteriores y más tradicionalistas caracterizó a la mujer soltera, marcada por la amargura, la sospecha y la soledad.

Mientras Sears le contaba al doctor los sucesos del día en que compró las rosas amarillas para Renée y lo que él y el ascensorista habían hecho, el médico se retorció en su silla.

- Usted creerá que soy un neurótico -dijo Sears cortésmente-, porque estoy angustiado ante la posibilidad de ser homosexual, pero a mí me parece la angustia más sensata que jamás haya sufrido. En realidad nunca he tenido motivo para sentirme ansioso por dinero, amigos, posición social o salud, pero gocé con el ascensorista, y aceptar que soy homosexual sería el final de mi vida.

Mi naturaleza sexual parece contener algunos elementos autodestructivos y he venido a verlo para que me los expliquen. En mi constitución parece haber polaridades opuestas. Creo que mi conducta sexual es moral sólo porque refleja mi concepto del amor. Eso me parece de importancia primordial. Renée tenía colgada de una de sus ventanas una pequeña estructura de cristal con muchas facetas. Cuando se llenaba de luz reflejaba una sombra en la pared y un atardecer le dije, muy sinceramente, que mi amor por ella era tan importante, tan iridiscente y tan insustancial como ese haz de luz coloreada. Ella dijo que yo no sabía nada de mujeres pero siempre lo decía. Recuerdo una vez que se sacó mi pene de la boca el tiempo suficiente para decirme que no sabía nada de mujeres.

El consultorio del médico estaba en el cuarto piso de un edificio antiguo con ventanas corredizas y a través de ellas Sears oyó la voz vigorosa y alegre de un hombre que le gritaba a otro que le arrojara la pelota. La voz venía de una cancha y despertó en él un deseo y nostalgia profundos, no sólo por su juventud sino por la fuerza, la simplicidad y belleza que la vida podía poseer; ¡Y qué lejos se encontraba de eso!

Estaba contribuyendo a pagar el alquiler del doctor en un sincero intento por recuperar aquella simplicidad y belleza, pero la distancia que lo separaba le pareció dolorosa. -¿En qué está pensando? -preguntó el doctor Palmer.

- Oí una voz desde la calle -dijo Sears-. Me recordó los días de verano en tiempos más felices.

- El infantilismo es obviamente uno de sus grandes defectos -comentó el doctor.

- Quiero decir -dijo Sears-, que me recordó un partido en que llevaba la pelota, aún en mi campo, pero con veinte metros libres por delante. No se puede hacer otra cosa que patear, pero qué maravilloso es patear; esa sensación de llevar la pelota por el campo es una sensación tan esperanzada, tan simbólica de que uno ha iniciado algo, que a menudo me he preguntado por qué el fútbol americano no ha prendido en otros países. -¿Alguna vez llegó a jugar en primera? -preguntó Palmer.

- No, no -musitó Sears con tristeza-. Siempre en segunda y como suplente la mayor parte del tiempo.

- Se está poniendo un poco pesado -dijo el doctor.

Sears se levantó y dijo: -Llevo puesto el cinturón que usaba cuando jugaba al fútbol. -¿Alguna vez pensó en casarse? -preguntó el doctor.

- Me casé dos veces -dijo Sears. -¿Divorciado? -preguntó el doctor.

- Mis dos mujeres murieron -dijo Sears.

- Ajá -exclamó el doctor Palmer.

Sears había conocido a su amada primera mujer Amelia, en el entreacto de un concierto en Boston. Tenía el cabello de ese hermoso tono castaño claro que durante la adolescencia se toma rubio cada verano que transcurre sensatamente en playas, cubiertas de barcos y canchas de tenis. Esa corona rubia se desvanece rápidamente (ése puede ser uno de sus encantos), y el don mimético se pierde después de los veinte. El encuentro tuvo lugar a fines de octubre; ella tenía apenas veinte años y el cabello veteado de dorado. Contrastaba con sus cejas, que eran notablemente oscuras, y llevaba la cabeza levantada como si le pesara un poco. Tenía un cuerpo soberbio y esa tarde llevaba un vestido de terciopelo negro y un ejemplar de París Match abierto en una página en la que se leía una receta de bacalao con salsa de queso. Sears sintió enseguida que la había conocido en otra vida y, luego, jamás sintió necesidad de dudar de esta impresión de familiaridad. Cuando, veinte años más tarde Amelia murió en sus brazos, su pesar fue inconsolable pero tuvo la sensación de que ella volvía a un ámbito de existencia donde ya se había encontrado y donde se encontrarían de nuevo.

Su segunda esposa no fue precisamente elegida por él, cuanto él por ella. Acababa de obtener el divorcio de un matrimonio desgraciado, sin hijos, y cuando ella se le declaró, Sears no pudo más que aceptar. Aseguraba tener grandes poderes para predecir el futuro y le auguró a

Sear que serían felices juntos. Después del casamiento Sears descubrió que Estelle, su mujer, se consideraba una profesional del ocultismo. Defendía su presciencia tan competitivamente como si la clarividencia sobrenatural fuera un deporte. La única experiencia de Sears en ese terreno había tenido lugar en Europa Oriental donde vivía una profetisa célebre llamada Gallia. Sears había oído hablar de ella; en su mayoría a hombres de negocios americanos que peregrinaban a la gruta en que vivía, y pagaban grandes sumas de dinero por sus predicciones.

Una noche, en Europa Oriental, un americano, su compañero de bebida ocasional le había descripto los poderes de Gallia. Le había profetizado un accidente en sus minas de Nueva México, donde se derramarían millones de galones de residuos radiactivos. Ese mismo año también había profetizado que caerían los precios del uranio. Sears supo que un rayo la había dejado ciega cuando pequeña y que vivía en la gruta de un volcán extinguido, no lejos del lugar donde había vivido uno de los más famosos oráculos de la antigüedad. El ministro de Información le había ofrecido varias veces concertarle un encuentro con Gallia, pero la falta de interés de Sears por lo oculto era genuina. Cuando un atardecer volvió a su hotel después de un día cansador, encontró un edecán del ministro de Información en el vestíbulo con el mensaje de que Gallia lo recibiría.

Preguntó si tenía tiempo de cambiarse la camisa y le dijeron que no. Se acomodó en uno de esos grandes automóviles de que gozan los ministros de los países socialistas.

En el auto conoció a su intérprete, una mujer de mediana edad que se entendería con él en francés. El ministro había provisto el auto con hielo y una botella de whiskey.

Sears estaba terriblemente cansado. La radio del auto sonaba muy fuerte pero Sears tenía la suficiente experiencia como para no desconectarla; hubiera sido una gran desilusión para el chófer. La música de radio es igual en todo el mundo y le tocó escuchar Polvo de estrellas de Hoagy Carmichael y el Segundo Cuarteto de Razumovsky. En esa parte del mundo se emitían informes periódicos sobre el nivel hidrométrico del Danubio. Era un país con muy pocos autos y viajaron a ciento cuarenta kilómetros por hora a través de una zona con sembrados. En aquel espléndido país, rico todavía, se sembraba manualmente. Esa tarde no vio ni una pieza de maquinaria rural y, aunque era avanzado el día, hombres y mujeres seguían cavando surcos. Unos pocos saludaron la limusina alegremente. La belleza de esos campos fértiles bien irrigados e inteligentemente cultivados lo conmovió y cuando se acercaron a la lava ácida de los viejos volcanes que veía en el horizonte pudo observar y admirar la variedad de cultivos que reflejaba la naturaleza cambiante del suelo.

Pensaba en qué preguntas podría hacerle a la profetisa. Sus negocios eran prósperos, amaba a su mujer y a sus hijos, sus inversiones estaban aseguradas y su salud era espléndida. No se le ocurría nada para

preguntarle. Su amigo americano le había dicho que era una presencia imponente, tan aterradora que a veces resultaba difícil hacerle las preguntas ya preparadas. Trató de imaginar algún monstruo tradicional con la cabeza cubierta por víboras y la boca llena de fuego, pero estaba demasiado cansado, demasiado bebido, demasiado encantado con la belleza de los campos para sentirse ansioso acerca de su entrevista con Gallia. La intérprete le iba contando sus comienzos.

El relato era casi tan familiar como la música de la radio. La familia de Gallia había perdido la fortuna y la villa que la mayoría de las familias han perdido alguna vez.

Llegaron al pie del volcán poco antes del atardecer. -¿No está asustado? - preguntó la intérprete-. Oh, sí, sí -dijo Sears cortésmente. Sentía que no le estaba dando la debida importancia a la entrevista. A la entrada a la gruta de la profetisa había un jardincito y Sears observó que el suelo era tan ácido que no dejaba crecer nada más que perejil-. Por favor, permita que me apoye en su brazo -dijo la intérprete-. Estoy tan asustada que casi no puedo hablar.

En la gruta había una especie de habitación iluminada por una sola bombilla eléctrica. Sears se preguntó de donde vendría la electricidad. La profetisa estaba sentada a una mesa común cubierta con un mantel limpio de hule. Era una mujer de mediana edad, cuyo cabello comenzaba a encanecer, y llevaba la cabeza erguida con los ojos ciegos cerrados. Tenía puesto un vestido de algodón limpio. El sentimiento que le inspiró a Sears fue totalmente afectuoso. Esa maravilla que había profetizado la caída de los precios del uranio le provocó la sonrisa más franca.

Ella manifestó que necesitaba tocar algo que le perteneciera, y él le dio su billetera.

Ella la tocó y comenzó a sonreír. Luego se echó a reír. Sears hizo lo mismo. Ella le devolvió a billetera y dijo algo a la intérprete.

- No tengo idea de lo que significan sus palabras -dijo la intérprete-; lo que dijo fue: La grandé poésie de la vie". -La profetisa se puso de pie y Sear también. Los dos reían. Entonces ella le tendió los brazos y él la abrazó. Se separaron aún riendo. La noche había caído y en cuanto arrancó, el chófer sintonizó una música estridente en la radio y volvieron a la capital.

Ese jovial roce con la profetisa no ayudó nada a Sears para comprender a Estelle.

Ella daba la máxima importancia a sus atributos proféticos. Parecía verlos más como un logro que un don. Sentía que el mundo visible, el mundo que Sears adoraba, era superficial y, en su caso, transparente, ya través de él veía otro, más real, donde el amor y la muerte estaban visiblemente preordenados. Sears consideraba su clarividencia

pesimista en gran medida. La mayor parte de las veces profetizaba peleas, pobreza, divorcio, locura y suicidio. Sears no recordaba que hubiera profetizado ningún triunfo del espíritu. Se teñía el cabello de rojo y usaba vestidos verde lima y, cuando se la conocía, se tenía la impresión de haberla visto antes en cócteles. No cinco o diez, sino cientos y cientos de cócteles, en la época anterior a que esa ceremonia social desapareciera del calendario, cuando el cóctel parecía formar parte de la caída de la noche tanto como las sombras que se alargaban. Parecía un elemento tan intrínseco del coctel que uno se preguntaba qué sería de ella cuando ese ritual se volviera obsoleto.

Había sido muy poco característico de Sears proponerse comprobar la exactitud de sus profecías. Cuando volvían a casa después de una fiesta Estelle se sentaba ante su tocador y decía que le había sido revelado que los A se divorciarían, que B perdería todo su dinero, que C sería arrestado por estafa y que la señora E se volvería loca.

Consideraba que la profecía era su don social más destacado. La compleja ironía de profetizar el futuro fue revelada una noche a Sears mientras recibía unos invitados en su casa. Estelle era una cocinera pésima: en realidad era una cocinera peligrosa; y esa noche había preparado un risotto singularmente mortal. Mientras dedicaba su tiempo a profetizar las desgracias de una familia del vecindario, Sears se preocupó un poco por lo que veía en el futuro cercano. Sabía que a las 03:00 o 04:00 los doce invitados que habían ingerido el risotto pasarían una hora o más en el baño, torturados por una diarrea agudísima. Mientras Estelle describía el futuro con los ojos entrecerrados, Sears se preguntó por qué su clarividencia no reparaba en esa circunstancia futura inmediata que él era capaz de predecir.

Estelle terminó de una manera similar. Había ido a una matinée en Filadelfia y volvió en tren al suburbio donde vivían entonces. Podía llegar al lugar donde había dejado el auto por un pasaje subterráneo bajo las vías o por un paso de madera poco seguro anterior al subterráneo. Era un crepúsculo invernal. Estaba cruzando cuando un joven gritó: -¡Eh, señora, cuidado! Viene un tren. -¿Con quién cree que está hablando? -exclamó ella, que era muy apegada a las presentaciones y otras cortesías-. Conozco el futuro -y dio un paso al encuentro del expreso de Trenton; sólo quedó de ella un jirón de su velo y un zapato de taco alto.

- Su amante masculino es una invención tradicional del neurótico -dijo el doctor Palmer-. Usted ha intentado un sustituto fantasmal de un compañero de escuela perdido o un pariente masculino de su primera juventud.

- No estoy muy seguro de lo que quiere decir con fantasmal -dijo Sears-. Quizá sea que para un hombre de mi edad el amor es más bien esquivo. En estos días parece que mis amores duran poco, pero honestamente no puedo estar de acuerdo con usted cuando dice que Eduardo es un sustituto. Él parece ofrecerme una comprensión de ciertas formas de

soledad que son enteramente nuevas para mí y nuevas, supongo, para otros hombres, dado que en general involucran lugares nuevos, como los aeropuertos.

- Naturalmente tiene miedo de volar -dijo el alienista.

- No tengo miedo a volar -dijo Sears-, pero tengo miedo a los aeropuertos. -¿Cree que comprende realmente a Renée?

- Oh, no -exclamó Sears-, pero en realidad nunca me importaron esos aspectos de su vida que pretendía mantener privados. Quiero decir, continuamente la iba a buscar a esas casas parroquiales dónde trataba de dejar de fumar, beber o comer demasiado. A veces me pareció que eran las tres cosas. En ocasiones cuando vamos a un restaurante come la mayor parte de mi cena pero nunca engorda. Creo que quiere mejorar sus modales, y pienso que hay más gente que desea lo mismo que lo que se pensaría al mirarle la cara en la calle. -¿Tiene amigos? - preguntó el doctor Palmer.

- Tengo carradas de amigos... -dijo Sears.

- Esa es la respuesta clásica del neurótico -lo interrumpió el doctor-; se construye un caparazón de amistad y popularidad para ocultar su soledad clínica. Si tiene tantos amigos podría mandarme algunos como pacientes. Las exigencias de esta profesión son del todo indescriptibles. Si no, no le pediría ayuda. Lo veré mañana a la misma hora.

8

Cuando Sears volvió a su departamento el teléfono estaba sonando. Era Renée, que lo invitaba a tomar una copa. Quedó encantado. Recordando la última discusión pensó que ella tendría puesta la vieja bata azul al abrirle la puerta, o quizá nada en absoluto.

Sonreía ante esta posibilidad cuando entró en el vestíbulo y vio a Eduardo, que rió ante la amplitud de su sonrisa. Ésa parecía ser una unión en la que se habían descartado los celos. En cuanto tocó el timbre ella abrió la puerta. Le desilusionó no ver la vieja bata azul. Renée llevaba vestido, zapatos y perfume, pero cuando lo besó sus besos fueron de una suavidad y variedad tan inapreciables que la ropa no le preocupó. Le ofreció una copa, se sentó sobre sus rodillas y le desabrochó la camisa y los pantalones. Mientras le acariciaba el torso, él recordó que el profesor de gimnasia de la escuela les había dicho en una clase que el torso masculino, desfigurado como estaba por vestigios de pezones, era enteramente insensible sexualmente. Hasta ese momento nunca había cuestionado esa afirmación. Esto es realmente lo que uno quiere, pensó. Tener una mujer hermosa en las rodillas mientras la oscuridad cae desde las alas de la noche era realmente el fin del camino. Lo estaba besando cuando sonó el teléfono.

Renée dejó sus rodillas para contestar.

- Estaré abajo en unos minutos -dijo-. El portero le permitirá estacionar en doble fila. -¿Quién demonios era? -dijo Sears, cuando ella cortó.

- El hombre que me va a llevar al aeropuerto. Fue al vestíbulo. Él oyó que abría un placard. -¿Adónde vas? -preguntó Sears-. No me dijiste que ibas a viajar y por cierto nada hacía presumir que estabas por embarcarte en un avión.

- Podrías haber observado que mi valija está en el vestíbulo. Siempre te das cuenta de esas cosas.

- He observado que tu vestíbulo siempre está lleno de valijas -gritó Sears-; tropiezo con ellas desde hace meses.

- Bueno, ¿quieres acompañarme al ascensor con mi valija? -preguntó ella-, o llamo a Eduardo?

Estaba de pie en la entrada, con el sombrero y el saco puestos y calzándose los guantes. Sintió que se estaba acercando a una de esas apabullantes montañas espirituales en las que dudaba de la realidad de su persona y de su mundo. Fue al vestíbulo y recogió la valija. -¿Adónde demonios vas? -preguntó.

- A Des Moines a ver a mi hija -dijo ella-. Debo de habértelo dicho pero lo habrás olvidado. - Eduardo estudió con gran compostura, más como un pariente protector que un amante, la valija, el rostro pálido de ira de Sears y los aires de viajera de Renée. Lo único que Sears tuvo que hacer fue esperar con ella en la acera hasta que la puerta del auto se abrió, y aceptar su beso de despedida.

- No sabes nada de mujeres -le dijo.

Sears no miró a Eduardo, que esperaba en el vestíbulo. Fue al cine. Desdeñar el mundo de uno es despreciable, pensó y observó que el cine que había elegido estaba casi vacío, que el filme se trataba de lobizones y que un hombre sentado en la fila de adelante había llevado comida y la engullía durante la proyección del filme. Cuando la película terminó volvió a casa de Renée y encontró a Eduardo en el vestíbulo. Le agradó tanto verlo como si fuera un amigo querido.

- Tenemos que encontrar otra cosa que podamos hacer juntos -le dijo-. ¿Te gusta pescar? ¿Te gustaría ir a pescar?

- Claro que me gustaría ir a pescar -respondió Eduardo-. Me corresponden vacaciones. pero tendría que hablar con los del sindicato para conseguir un suplente.

- Conozco una buena laguna para róbalos en el interior del estado -dijo Sears-.

Solía haber allí una hostería agradable. ¿Tienes equipo de pesca?

- Creo que tengo un par de cañas -dijo Eduardo-. Tendré que buscarlas. Mis hijos pueden habérselas llevado. -¿Qué hacen tus hijos? -preguntó Sears.

- El más joven está estudiando en Rutgers -dijo Eduardo-. El mayor toca el piano en un sitio en Aspen. Queda en Colorado.

- Bueno, buenas noches -dijo Sears-. Planearemos algo.

- Buenas noches.

Diez días después Sears y Eduardo se dirigieron al norte en un auto alquilado, hacia una laguna cerca de la selva canadiense en la que Sears recordaba haber pescado diez años atrás aunque su memoria se equivocaba a menudo y podían haber sido veinte años o aun más. Salieron rumbo al norte una mañana lluviosa, lo que correspondía exactamente al sentido que tenía Sears de la oportunidad de las cosas. Eduardo condujo hasta que se detuvieron en alguna parte a almorzar y Sears dijo, "Ahora conduciré yo".

Eduardo le tiró las llaves y se quedó dormido en cuanto arrancó en medio de la lluvia.

Sears se sentía terriblemente feliz.

Condujo hacia el norte por la ruta 774 que, como cualquier otra ruta importante, había cambiado mucho en los últimos diez años. Sears no se desilusionó pero sí observó lo que había para ver. Viajaban por lo que había sido una extensión de pequeños tambos, donde los terrenos de dos y cuatro mil metros cuadrados estaban separados por paredes de piedra y pequeñas barracas de madera. Había algunas iglesias y granjas del siglo XIX y aun anteriores enteramente modestas pero que, por su encanto y originalidad, parecían notablemente patricias. La 774 constituía ahora un trecho de la gran ruta que cruza el continente. Habría sido absurdo lamentar la desaparición del pequeño tambo pero los poblados ruinosos le parecieron a Sears un espectáculo lamentable, como si un pueblo esencialmente amante de la aventura hubiera abandonado sus costumbres al tropezar con una comunidad gitana. Pudo ver allí los compromisos más efímeros y los dioses domésticos más masivos. Además de un cine pornográfico al aire libre, había dos mueblerías cuyos artículos eran de una torpeza sorprendente. Pensó que era un paisaje, una gente -y se incluía a sí mismo entre ellos- que había perdido la sensación de lo que era una cosecha. Mientras manejaba pensó santurrónamente en lo que había hecho él para mejorar el paisaje: lo que había hecho por la laguna Beasley. Había empleado al ecólogo Chisholm, y le había pagado a un laboratorio de Comell para especificar el grado de toxicidad del agua. Los informes no estaban completos pero la semana siguiente habría una audiencia en Janice.

Chisholm afirmaba que la gente que estaba destruyendo la laguna era una organización criminal enorme y poderosa que sobornaba a las municipalidades pequeñas y contaminaba la provisión de agua para beneficiarse luego con el alto costo de los terrenos de relleno. Sears no estaba totalmente persuadido. Chisholm era uno de esos hombres cuya importancia, según Sears, era un rasgo genético antes que una convicción. Se los encuentra por todo el mundo. El tamaño de los dientes de Chisholm, el espesor de sus lentes, la estructura de sus hombros, su paso elástico, todo lo delataba, pensaba Sears, como un obsesivo reformista. Su matrimonio, suponía Sears, habría sido un fracaso y sus hijos habrían tenido serias dificultades para encontrarse a sí mismos.

Sears no estaba muy equivocado. La 774 parecía una prolongación de la destrucción de la laguna Beasley.

Ya era tarde cuando llegaron. Sears tuvo una desilusión cuando encontró su hostería flanqueada por dos negocios de comida que apestaban a frito. La hostería había cambiado de dueño muchas veces desde que él estuvo allí. Bebieron bastante en el bar pero cada vez que mencionaban la pesca el mozo cambiaba de tema. La cocina estaba cerrada y sólo pudieron cenar unos sandwiches. Ya en la habitación

miraron un programa de televisión y luego se fueron juntos a la cama. Horas después; Sears despertó. No tenía idea de la hora pero era aquel momento en que se tiene la ilusión de la clarividencia. Fue hasta la ventana. Los negocios de frituras estaban cerrados pero la ventana estaba abierta y el olor a frito llenaba la habitación.

El denso olor pareció llenar su conciencia. Pensó, pero tan sólo por un momento, en la comida frita como una nueva aberración, sinónimo de zona de negocios baratos y espectáculos pornográficos al aire libre. Corrigió apresuradamente ese pensamiento ocasional diciéndose que la comida frita había sido una de las primeras cosas que se olieron en el planeta. Después del descubrimiento del amor, la caza y el sistema solar, venía el olor a comida frita. Aun en ese momento, al terminar la cosecha en lo más inaccesible de los Cárpatos, los pastores bajarían de las montañas en el otoño con sus manadas para escuchar a los violinistas gitanos y sus tambores y oler las salchichas sobre el carbón. Tal olor negaba la autoridad y su magia eran la desnutrición, el acné y la gordura. La comida frita era indigerible y altamente olorosa y sería, si uno tenía mala suerte, lo último que se olería camino al cadalso. Y era portátil. Se la podía comer sentado en la silla de montar o en una rueda gigante o mientras se caminaba por el centro o los senderos de una feria rural. Se la podía comer con los dedos, sacándola de un cucurucho de hoja o cuerno óseo mientras uno remaba en su canoa o marchaba al frente de batalla. Cuando tuvo lugar el primer sacrificio humano ya se engullía comida frita. En el Coliseo freían berenjenas mientras destrozaban al filósofo en la rueda y entregaban los santos a los leones. Se comía comida frita cuando colgaron las brujas, descuartizaron al pretendiente y crucificaron a los ladrones. Las ejecuciones públicas fueron nuestras primeras celebraciones y había comida de feria. También era la comida de los amantes, jugadores, viajeros y nómades. Al celebrar y exaltar la comida frita las grandes rutas del mundo mantienen con vida nuestros antiguos recuerdos de cazadores y pescadores itinerantes, cuando teníamos muy poca visión y nada de historia. Era la comida de los vagabundos del espíritu.

Cuando Sears volvió a la cama Eduardo dormía ruidosamente. Sears había oído que esos amantes eran siempre ladrones, mentirosos, delincuentes, a veces asesinos, pero al mirar a Eduardo pensó que nunca había conocido a nadie tan honesto. Sintió entonces una oleada de lujuria y con ella la revelación de que esas cavernas de la naturaleza jamás gozarían de coherencia. Lo que sentía por Eduardo se parecía más a la nostalgia que a la aventura del amor tradicional pero no era menos poderoso. Comprendió entonces que si realmente buscaba pureza nunca la encontraría en sí mismo.

A la mañana siguiente despertaron muy felices. Eduardo se lavó la cabeza con un champú que, observó Sears, prometía darle al cabello la gloria de un brillo lustroso. Eso le recordó la feliz y robusta vanidad de aquella época de la vida y, sin ninguna tristeza, tuvo conciencia de la enorme diferencia de edad. ¡Cuánto tiempo había pasado desde que él

sumergía la cabeza en una pileta y se peinaba hacia atrás con la esperanza de parecer atractivo!

Después del desayuno alquilaron un fuera de borda. Un lugar de pesca era para Sears un sitio que gozaba de una poderosa simpatía. La estaba gozando mientras ataba la línea del anzuelo cuando el hombre que les había alquilado el bote se acercó y dijo:

- No puedo permitir que ustedes dos salgan sin decirles que desde hace unos diez años no hay por aquí ni un sólo pez. La última vez que analizaron el agua -creo que hace cinco años- estaba más ácida que el vinagre comercial. -¿Hay alguna otra laguna por aquí? -preguntó Sears.

- Sí, hay unas cien lagunas en los alrededores -dijo el desconocido-, quizá doscientas, pero todas son igual de ácidas que ésta. Claro que nada impide que lo intenten. Podría ser que los peces estuvieran volviendo.

De todos modos navegaron por esas aguas desacreditadas y echaron la línea durante una hora más o menos. Sears observó que Eduardo echaba la suya con ponderable gracia y pericia. Cuando entraron en el bote, Sears le preguntó a su amigo qué iba a hacer con el resto de sus vacaciones de diez días.

- Llevaré a mi mujer a Key-West -dijo-. El sindicato organiza viajes de excursión que no hay que reservar con anticipación. Hace dos años la llevé y le encantó.

Volvieron por la misma ruta y llovió con violencia. La compañía del joven ayudó a Sears a comprender mejor la barbarie y el nomadismo de la 774. Se separaron en el departamento de Sears.

- Te veré cuando Renée vuelva de Des Moines -dijo Sears-. Que consigas un buen bronceado.

Después de la gresca en el supermercado Henry comprendió que Betsy necesitaba un cambio. Pidió permiso por un día y decidieron ir a la playa Chelmsford. No estaría tan concurrida como en los fines de semana; a ninguno de los dos les gustaba mucho apretarse en una multitud. Betsy preparó una merienda, limonada para ella y cerveza para Henry, y partieron a las 10:00 con el pequeño Randy y el bebé Binxie en su moisés. Era un lindo día de verano. Hicieron el viaje en menos de dos horas y los dos gozaron al llegar a la playa. Al ser un día de semana la mitad de los estacionamientos estaban cerrados; ese día la playa se gozaba en privado. El aspecto del lugar contrastaba con los recuerdos de ambos de los fines de semana, cuando hallar intimidad era como buscar una aguja en mi pajar. Encontraron un lindo lugar y pusieron una sombrilla sobre Binxie, que jugaba con su mamadera. Betsy y Henry pasaron un rato agradable nadando y luego ella se echó en la arena y Henry le dio una lección de natación a Randy. Henry no dejaba de gritar: -¡Así se hace, así se hace, así es como se hace! -Parecía muy feliz y entusiasmado.

Un poco más abajo en la playa había un grupo de gente mayor, tan viejos que si hubieran intentado nadar se habrían ido directamente al fondo. Yacían sentados en la arena con toda la ropa puesta, incluso chalecos y sombreros, y una de las mujeres no cesaba de exclamar: - ¡Oh, qué hemos hecho para merecer un día tan hermoso!

Betsy no comprendió qué querían decir con eso.

Luego Randy llegó corriendo y le dijo que había aprendido a nadar y entonces ella fue hasta la orilla y contempló su demostración de brazadas. Se sintió muy feliz al ver qué contentos estaban él y Henry y no mencionó que la capacidad de flotación en el océano es mayor que en una piscina donde ella había aprendido a nadar. Luego comieron los sandwiches y Henry bebió la cerveza y besó a Betsy y se sintió muy romántico, pero no había ningún lugar adecuado y además sabían que cuando hacían el amor, o tan sólo se lo proponían, el pequeño Randy se sentía solo y abandonado, y no querían arruinarle su día de playa, así que ella comprendió cuando Henry dejó de besarla. Se había acordado de llevar una pelota y Randy y Henry jugaron encantados mientras ella era feliz al poder tirarse en la playa y oír las olas y sentir la fragancia del agua salada.

En su familia no había pescadores ni marineros y, por lo que ella sabía, no tenía nada que ver en absoluto con el mar. Pero la sal y el cielo azul y la arena le parecían tan naturales como si ésa fuera su casa, aunque no podía imaginarse cómo sería vivir cerca del mar con las tormentas y tempestades del invierno. Jamás había visto el océano salvo en verano. Entró al mar varias veces. Los viejos se fueron y las sombras

comenzaron a caer. Recogieron sus cosas. Eran los últimos en la playa y el bebé dormía. Mientras recogía las toallas, los papeles de los sandwiches y los pañales de Binxie recordó haber visto en la televisión la salida de un astronauta al espacio. Después de la cuenta regresiva la cámara había mostrado a toda la gente a lo largo de la playa guardando las canastas de merienda, las toallas y los muebles plegables y volviendo a los estacionamientos, y recordaba que eso la había emocionado más profundamente que la idea de un hombre paseando por la luna. Casi todos los que estaban en la playa habían vuelto a sus casas temprano y le pareció que esa partida era como si hubieran recibido una orden urgente de retirarse, y que la playa era su casa, y los demás eran como evacuados de la guerra o como esa gente que vivía cerca de vertederos de residuos tóxicos que un buen día tenía que empezar a viajar durante años, quizá toda su vida, en busca de un nuevo hogar.

- Fue un hermoso día, querido -le dijo a Henry cuando llegaron al estacionamiento, y le dio un beso-. Siempre me ha gustado pasar un día en la playa y esta vez fue muy lindo. -Él la besó y dijo:

- A mí también me pareció un lindo día pero si no te molesta te voy a pedir que conduzcas hasta llegar a la ruta 224. Estoy muy bronceado y tengo la vista cansada, y me gustaría descansar antes de vérmelas con el tránsito de la ruta.

- Te entiendo -dijo ella-; me encantará conducir.

De modo que él se sentó atrás con Randy y pusieron el moisés de Binxie adelante y partieron.

- El sol me aturdió -dijo Henry y esas fueron sus últimas palabras. Luego el pequeño Randy se durmió y Binxie también y ella se encontró sola en el auto como el capitán de un barco pero con una agradable sensación de soledad. Comprendía a Henry cuando decía que se sentía aturdido, pero ella tenía la fortaleza de conducir un auto hasta la ruta 224 con tres hombres queridos que dormían. Varios caminos de seis u ocho carriles convergían a la 224, lo que le hacía pensar con nostalgia en la simplicidad del día pasado en la playa entre el cielo azul y el agua salada. Los caminos convergentes y el chasquido creciente del tránsito hizo que se preguntara, estúpidamente, a su modo de ver si la vida moderna y su énfasis por los caminos no había privado a hombres y mujeres de esa belleza intrínseca que el mundo posee. Bien sabía que no habría podido llegar a la playa Chelmsford de no ser por esos caminos que parecían tan extraños.

Estaba muy cansada, muy cansada, y aunque odiaba despertar a Henry, cuando llegaron a la intersección sintió que no sería prudente seguir conduciendo. Dos o tres kilómetros antes de la intersección había una banquina amplia, segura, y allí se detuvo.

- A despertarse todos -dijo-. El capitán quiere dormir un poco.

El pequeño Randy no se despertó. En cuanto Henry tomó el volante Betsy se quedó dormida y durmió hasta que Henry la despertó al llegar a Janice.

- No recuerdo que el sol me haya adormilado tanto jamás -dijo Henry-. Quizá tenga algo que ver con el solsticio. Tengo ganas de acostarme.

- Yo también -dijo Betsy-. ¿Entraste a Binxie?

- Yo no toqué siquiera al pequeño Binxie -dijo Henry. Entonces gritó:- ¡Por Dios, lo debo de haber dejado en la banquina de la 224! ¡Lo saqué del auto cuando cambiamos de asiento y lo dejé ahí!

Ella se arrojó a sus brazos sin decir palabra. La importancia del amor que sentían el uno por el otro jamás les había parecido tan clara. La cruel tragedia del bebé perdido parecía soportable mientras permanecieran abrazado_.

- Llama a la policía -dijo Henry-. Yo volveré por la 224. Tendré que llegar hasta la 427 para tomarla hacia el norte. -¡No sé qué decirle a la policía! -gimió Betsy.

- Dile que dejamos un bebé en la banquina de la 336 cerca del empalme con la 224 hacia el norte. -¿Qué pasa? -preguntó el pequeño Randy, que acababa de despertarse-. ¿Por qué están tan raros?

- Perdimos al pequeño Binxie -musitó Henry. -¿Se murió? -preguntó el pequeño Randy con cierta preocupación y algo de esperanza.

- Claro que no -dijo la madre suavemente-. ¿Por qué no entras a ver si hay algo en la televisión? -Luego besó a Henry, abrió la puerta y entró en la casa con el pequeño Randy. Llamó a la policía y dijo:- Quiero informar que dejamos olvidado un bebé en la ruta 336, unos kilómetros antes del empalme con la 224. El bebé está en un moisés azul. -¿Se trata de un secuestro? -preguntó el patrullero.

- Oh no, no, no, -dijo ella-, fue sólo una estupidez, sólo una estupidez.

- Temo que no es nuestra jurisdicción -dijo el patrullero-. Tendrá que llamar al Departamento de Transportes. Le dio el número al tiempo que ella se echaba a llorar.

Horace Chisholm, el ecólogo, conducía su auto hacia el sudeste por la ruta 336, ya entrada la tarde. Chisholm había sido profesor de bioquímica en una escuela secundaria pero había llegado a sentir que los peligros que corría el ambiente a su alrededor le sugerían imperativamente hacer lo posible por corregir esa amenaza a la vida en el planeta o por lo menos a informar a las víctimas potenciales. En ese momento volvía de una reunión de planeamiento urbano en un lugar donde la replanificación involucraría pavimentar casi un kilómetro

cuadrado para un centro comercial mientras se envenenaban y contaminaban los esteros que alimentaban a dos arroyos que, a su vez, alimentaban las fuentes de agua potable. El factor decisivo en la votación había sido que pasarían diez o quizá quince años antes de que el daño fuera advertido por la comunidad. Evidentemente esa gente estaba pensando que todos ellos vivirían en algún otro sitio cuando el agua potable se volviera letal.

Ese modo de pensar preocupaba a Chisholm. La disminución de responsabilidad en nuestra sociedad, su movilidad, su aceleración, su naturaleza parásita, lo preocupaban profundamente. Podía verlo todo en la ruta 336. Jamás se le había ocurrido que una sociedad hermética tuviera limitaciones comparables. Era un hombre realmente honesto y consciente, pero su mujer lo encontraba inerte y decidió dejarlo. En realidad lo obligó a dejarla; a ella y a sus dos hijas. Estaban viviendo en la casa de Queens mientras él se había mudado a un departamento en la ciudad. Él era el que había tenido que irse pero ella fue la responsable del abandono espiritual.

La ruta 336 era un mal negocio para cualquiera que la recorriera pero para un ecólogo que acababa de perder unos esteros era peor. El voto a favor del centro comercial había quedado decidido primero por una promesa de reducción de impuestos, y luego por pura irresponsabilidad. Toda exhibición de venalidad es penosa: Chisholm se sentía enteramente perdido. Nada lo esperaba en su departamento. No había mujer, ni hombre, ni perro, ni gato, y el contestador automático de llamadas probablemente estaría en blanco; además el barrio en que vivía se había vuelto tan anónimo por la rotación de gente que no había camareros, ni vendedores, ni mozos de bar que lo saludaran. Conectó la radio pero le fue imposible hallar nada que no fuera música de esas discotecas clausuradas dos años antes por venta de drogas o evasión del impuesto a las ganancias. Pareció buscar el recuerdo de algún lugar que evidenciara que alguna vez le había sido dado establecer un contacto auténtico con su mundo y sus congéneres. Lo anhelaba como si se tratara de un país que se había visto obligado a abandonar.

Pasó a un auto azul y un auto rojo lo pasó a él. Luego pasó a dos autos gris claro y un camión. Tenía el estómago hinchado y una leve erección. Se sentía tan solitario que cuando el auto que iba adelante le señaló que iba a salir de la ruta sintió como si lo hubieran tocado tiernamente en el hombro en algún aeropuerto lleno de gente, y tuvo ganas de encender las luces de giro o contestar la señal, así como esos desconocidos que se cruzan en los caminos se tocan bocina aunque jamás volverán a encontrarse. En una fantasía solitaria de nomadismo imaginó un mundo en el que hombres y mujeres se comunicaban entre ellos mediante señales de luces, Y en que él le proponía casamiento a una desconocida porque prendía sus luces de estacionamiento una hora antes del crepúsculo, revelando un temperamento flexible y romántico.

Pasó a un auto azul y lo pasaron dos autos negros. una camioneta marrón y un convertible. Su realidad física Y la realidad del auto que

conducían eran irrefutables. pero su realidad espiritual parecía desvanecerse de una manera que jamás había experimentado antes. Hasta parecía haber perdido la capacidad de lamentar su pasado y sus aventuras. La pareja de enamorados del auto que tenía delante (la joven metía la lengua en la oreja del conductor) no lograron siquiera despertar le celos. Se sentía como si sólo fuera un número. El dolor, quizás el más mortificante que jamás hubiera sufrido, carecía de todos los atributos del dolor, de su tradicional crueldad.

Además parecía perdido. Estaba perdido. Había perdido su corona, su reino, sus herederos, sus ejércitos, su corte, su harén, su reina, y su flota. Por cierto que nunca los había tenido. No era en modo alguno deshonesto emotivamente. ¿por qué había de sentirse entonces como si lo hubieran despojado cruel y físicamente, de lo que jamás había pretendido poseer? Se sentía como si lo hubieran expulsado violentamente del santuario de alguna iglesia, aunque jamás se había comprometido con nada que pudiera llamarse plegaria auténtica.

Entonces vio zarzamoras entre la maleza a lo largo del borde del camino. Podía detenerse y comer algunas zarzamoras. Eso, por lo menos, sería real y verdadero. Su madre adoraba recoger bayas cuando salían a pasear. Ella nunca había olvidado los senderos y caminos tranquilos de su juventud y nunca había comprendido por qué su marido no quería detenerse en las autopistas para que ella recogiera bayas o violetas.

Chisholm buscaba zarzamoras, zarzamoras que crecieran en algún lugar donde la banquina fuera lo bastante cómoda como para que él se detuviera con seguridad y estacionara el auto. Entonces vio el moisés azul brillante. No supo qué era pero el brillo parecía afirmar que valía la pena tomarlo en cuenta. Pudo haber sido papel de envolver o un chal o alguna otra prenda arrojada por un amante ardiente. No tenía ningún auto atrás y se detuvo en la banquina para ver qué era esa cosa azul brillante. Cuando encontró un bebé limpio que movía las manitas y los pies exclamó:

- Debes de ser Moisés, debes de ser el rey de los judíos.

Lo primero que pensó fue que había sido abandonado, aunque era difícil suponer que una criatura limpia y feliz sufriera tal destino. Quizás habría una nota, pensó, que explicara el motivo del abandono; buscó entre las mantas pero no encontró nada más que una mamadera medio vacía. La pulcritud de la ropa del bebé hacía pensar que si en efecto el bebé había sido abandonado, se trataba de un abandono trágico, una separación forzada, una dolorosa privación. Imaginó una madre joven y llorosa. Lo sensato era seguir hasta la próxima salida y buscar un puesto de policía. La idea de que la policía derivara fríamente al bebé a un orfanato despertó en él ansias protectoras y paternas, aunque no estaba en situación de criar una criatura en su departamento.

Puso el moisés en el asiento de adelante y después de esperar la oportunidad se reintegró a la corriente de tránsito. Se sentía distinguido. El suyo debía de ser uno de los pocos autos en el camión que transportaba un bebé agradable. La siguiente salida decía COMBUSTIBLE, COMIDA y Chisholm la tomó. Se detuvo en un garaje donde le dieron instrucciones para encontrar el local de la policía. Estaba en un edificio municipal de los años veinte con una imagen de la justicia con los ojos vendados sobre la puerta. Horace tuvo cierta dificultad para abrir la puerta porque cargaba el moisés con ambas manos. Nadie ofreció ayudarlo. En el vestíbulo vio una flecha que indicaba un escritorio al que la gente, supuso, llevaría sus problemas, pero rara vez un bebé sonriente.

- Encontré este bebé en la ruta 336 -dijo-, poco antes del empalme con la 224.

- No me está jodiendo, ¿no? -dijo el oficial sentado al escritorio-. Estoy en servicio desde hace treinta y siete años y nadie jamás encontró un bebé en la ruta 336. -¡Eh, Charlie! -gritó alguien desde atrás-. Tenemos un llamado por un bebé perdido, si alguien lo encuentra. Hay una fulana de un lugar que se llama Janice que dice que olvidó al bebé en la ruta 336. Tenemos un número para llamar. Está histérica.'

Chisholm se sintió terriblemente feliz. El bebé seguía gorjeando y la mayoría del personal de la comisaría se acercó para verlo. Devolver un bebé a su madre parecía complacer a todos y se decidió por unanimidad que Chisholm la llamara. -¿Señora Logan?-preguntó cuando oyó la voz de Betsy-. Soy Horace Chisholm y usted no me conoce pero encontré a su criatura en la ruta 336. El bebé está bien y contento y la espera en la comisaría cerca de la salida 37.

Betsy se puso histérica pero luego de unos instantes reaccionó y explicó que Henry iba por la ruta hacia el Sur para retomar la 224 hacia el norte y les dio el número de la patente. Acordaron llamarla en cuanto lo localizaran y no hacía diez minutos que la llamada de radio para Henry había salido cuando lo ubicaron. Llamaron a Betsy y esperaron que Henry llegara. Los patrulleros se habían puesto posesivos con el bebé.

- Ya puede irse, si quiere -dijeron a Chisholm-. No tiene sentido que se quede.

Nosotros entregaremos el bebé. al padre.

- Querría estar seguro de que el bebé llegara a buenas manos -dijo Chisholm. Ver al bebé y al padre reunidos le parecía una escena digna de verse.

Cuando Henry irrumpió, en el puesto y vio al bebé en su moisés azul se echó a llorar. Tomó al pequeño Binxie en brazos y por primera vez la criatura se puso a llorar.

- Quiero agradecerle -dijo a Horace-. Mi esposa y yo queremos agradecerle.

Vivimos en Janice y me pregunto si querría venir a cenar con nosotros mañana. Mi esposa hace unos fettucini magníficos. Son tallarines verdes. Los hace con espinaca.

Vivimos en Janice, en la calle Hitching Post. Queda a una hora de la ciudad.

- Me gustaría mucho cenar con ustedes -aceptó Chisholm.

- Venga a eso de las 18:00 -dijo Henry-. Nos gusta comer temprano.

Al día siguiente, ya avanzada la tarde, Horace se bañó y se vistió, satisfecho y seguro en su recuerdo de haber encontrado un bebé, de haberlo devuelto a sus padres, y de ir esa noche a comer tallarines verdes en compañía de ellos. Al parecer, era continuidad lo que buscaba aquella tarde cuando se sintió tan dolorosamente perdido.

Ahora se sentía feliz aunque no podía esperar la repetición de una serie de hechos fortuitos semejantes. No había mucho más que pudiera hacer. Ya había ido una vez a Janice y conocía el camino. La calle Hitching Post no quedaba lejos de la laguna Beasley. Cuando tocó el timbre Henry lo hizo pasar.

- Ésta es mi esposa, Betsy -dijo-. Sé que habló con ella por teléfono.

Betsy lo miró tímidamente y dijo:

- No sé si debería hacer esto pero siento muchas ganas de hacerlo -Le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca. -¿Le dio trabajo encontrar la casa? -preguntó Henry.

- Ya he estado en Janice antes -respondió Horace-. Uno de los trabajos más difíciles que he tenido es la laguna Beasley. Estamos tratando de eliminar la contaminación.

- El señor Salazzo, que vive al lado, supervisa el relleno -dijo Betsy.

- Tendremos que acortar esta bienvenida -dijo Henry sonriendo-, porque a Betsy no le gusta que los fettucini se pasen. Su madre es italiana y dice que en Italia la pasta es un verdadero arte.

Bebieron unas copas y, mientras Betsy estaba en la cocina, Henry pasó una caja de galletitas que según la etiqueta estimulaban la conversación. Nada de eso era necesario porque su alegría por haber recobrado el bebé hacía que el placer de estar con Horace fuera profundo y espontáneo. Los fettucini eran buenos, y el hecho que la luz de dos velas sobre la mesa hiciera difusa la visión no alteró los placeres

de la velada. Después de cenar se instalaron cómodamente a mirar su programa de televisión favorito. A las 23:00, cuando terminó el espectáculo, Horace se despidió y les deseó las buenas noches y Betsy volvió a besarlo, esta vez tímidamente. Quedaron de acuerdo en que Horace los visitaría cuando fuere a la laguna Beasley.

- No sabemos cómo agradecerle por haber salvado la vida de Binxie - musitó Betsy.

- Hagan todo lo que puedan por salvar la laguna Beasley -dijo Horace.

La audiencia que habían convocado los enemigos de Sears tuvo lugar en la municipalidad de Janice, un edificio de ladrillo del siglo pasado. Dados el poder y la fuerza de la organización que Chisholm había descrito, el edificio parecía muy modesto. En el vestíbulo había carteles que instaban a inscribirse en cursos de karate, danza de ballet y lectura correctiva. Sears sintió esa nostalgia del contribuyente tan característica de su generación. Había un ascensor con el cartel NO FUNCIONA así que trepó un tramo de escalones más altos que lo común para llegar a la sala de audiencias.

- Mientras respiraba hondo y bufaba, percibió claramente que el ambiente del edificio estaba impregnado de algún desinfectante. Era penetrante y poderoso y le recordaba la soledad y regimentación de Europa Oriental, donde hasta los vestíbulos de los grandes hoteles, incluso el del palacio del Kremlin, huelen a desinfectante. Cuando llegó al vestíbulo del primer piso recordó nuevamente a Europa Oriental. Todos parecían fumar y el vestíbulo, lleno de humo, le pareció una visión del pasado. ¡Cuánto tiempo hacía que no veía tanto humo de cigarrillo! Entró en la sala de audiencias donde ya se habían reunido unas cincuenta personas. Sears creyó que algunos habían entrado para escapar a la lluvia, al no hallar otro lugar que los acogiera. Chisholm estaba en el fondo de la sala, sumergido en una conversación con una mujer joven; Sears le hizo un gesto de saludo y se sentó en una de las primeras filas.

La sala era parecida a la de un tribunal improvisado, con una mesa sobre una plataforma para las autoridades. Todavía no estaban ubicadas pero en sus asientos había tarjetas con nombres. Si el poder de la organización provenía, como pretendía Chisholm, de Europa Oriental o Meridional, los nombres no lo sugerían en absoluto.

Estos sonaban tan notoriamente de tierra adentro que hubieran servido, pensó Sears, para jugadores de tercera base de equipos de béisbol de segunda. Parecían nombres del pasado rural cuando uno compartía el apellido con caminos vecinales, lagos, pantanos y, a veces, montañas. El intendente que, según Chisholm, era un títere de la oposición, se llamaba Chauncey Upjohn y sus lugartenientes se llamaban Copley Townsend y Harrison Porter. De las paredes de la sala colgaban dos grandes fotografías del pueblo después del catastrófico incendio de 1832. No había quedado nada en pie salvo las chimeneas. En la pared había también una reproducción esculpida del sello de la ciudad.

Era el retrato de uno de los indios nock-sink que se habían establecido en las orillas de los ríos. El bravo tenía una nariz ganchuda, un tocado de plumas de ave de caza y blandía un hacha de guerra con la que, si se toma en cuenta la sangrienta historia de su gente, pudo haber mutilado

a un jesuita. Chisholm se unió a Sears pocos minutos antes de que llamaran al orden para comenzar la audiencia. Los dos hombres habían pasado la tarde en los pantanos que rodeaban la laguna Beasley.

Habían hecho el recorrido con botas de goma altas. Mientras se abrían paso a través del pantano, Chisholm recitó una letanía de venenos que el laboratorio había prometido encontrar. Sears vio islotes en el agua de la laguna de lo que parecía ser excremento fermentado. Donde el agua estaba clara se veían estelas de suciedad.

- La contaminación ha traído larvas de mosca eristalis -dijo Chisholm-. Hace dos años no se encontraba helobdella stagnalis en una laguna como ésta. Otro recién venido es el gusano de los pantanos. La glossifonia complanata también es nueva. -La única cosa que lo alegraba eran las espadañas (Typha latifolia) y las cañas (Phragmites communis).

Los pantanos desagotaban en un río que para Sears tenía el aspecto de un arroyo de truchas común. Corría sobre piedras -grava glacial-, formaba charcos profundos, era de ancho variable, no se podía prever sus variaciones mientras corría a través de los bosques hacia algún destino propio. La ilusión de pureza eterna que traía el río, su música y el verdor de las orillas, recordaban a Sears las muchas ilustraciones del paraíso terrenal. Ese bosque sagrado no formaba parte genuina de su pensamiento, pero la pureza del agua que caía, la variedad de su sonido, la serenidad de los remansos que formaba, correspondían a un recuerdo tan hondo como cualquiera que guardaba. Había cantado el comienzo de todas las cosas, de rodillas en innumerables templos episcopales cavernosos y mal ventilados. Lo había oído descrito en el Apocalipsis como un mar de criaturas vivientes de cristal llenas de ojos, pero le parecía que nunca había creído que fuera otra cosa que un manantial.

Chisholm continuaba su inacabable enumeración de venenos. Bifenilos clorinados.

Dióxido. Cloroformo. Thoroviven. Clorostemia, Mustina y Thraxon. Mientras pasaban de los pantanos al arroyuelo encantador recitó las enfermedades que estos productos químicos podían provocar en el hombre. Raquitismo. Ceguera. Tumores de cerebro.

Impotencia. Esterilidad. y todas éstas eran preferibles a lo que le ocurrió a una mujer que abortó una criatura que parecía un perro antes que un ser humano.

De cuando en cuando la voz del arroyo era más fuerte que la de Chisholm. Ese río de truchas en la selva, ese curso de agua potable, le pareció a Sears el puente tendido sobre el misterioso abismo entre el yo espiritual y el yo carnal. Qué insignificante le pareció ante esto su pánico ante la propia contaminación. Cuando era joven los arroyos parecían hablarle con lenguas humanas y angélicas. Ahora era un viejo que hablaba cinco o seis idiomas, todos a medias y el sonido del agua le

parecía un idioma que había hablado antes de nacer. Suave y potente, alto y bajo, el sonido del agua le recordó las voces en otra habitación escuchadas a través de la puerta.

Recordó otras voces que había oído por casualidad. Una fue cuando al final de alguna guerra en la que había debido pelear pasaba uno o dos días esperando nuevo destino o transporte en una habitación de una ciudad extraña. No podía dormir y se había acercado a la ventana a escuchar la ciudad desconocida y en cambio había oído la voz de una mujer desde una ventana cercana. La voz era muy clara, debilitada por el sufrimiento y muy conmovedora.

- Ya no me siento como si fuera yo misma, Charlie -dijo la mujer-. Ya no me siento como si fuera yo misma.

La segunda voz que recordaba era muy diferente. Era huésped en un palacio de Roma y se acababa de dar un baño en una habitación con terraza. Había salido a la terraza con una toalla para secarse y contemplar el panorama. Era un panorama verdaderamente romano con nubes de golondrinas en el crepúsculo, Y hierbas y flores que crecían vigorosamente en cada grieta y orificio en los techos y capiteles de las iglesias. Entonces a través de los techos oyó que un hombre gritaba.

- No voy a meter mi cosa en tu martini -y se cerraba una puerta con un golpe.

Sears oyó entonces la risa de una mujer aunque nunca pudo distinguir si era una risa feliz o amarga. Esa tarde, mientras oía las voces del arroyo se sintió como quien escucha otras voces por casualidad.

- Ése es el intendente, el de traje gris -susurró Chisholm-. Es el peor de todos, aunque los otros hacen cualquier cosa que él les ordene. Nuestros enemigos tienen mucho dinero. Sacaban entre doce y catorce mil dólares diarios de la laguna Beasley hasta que conseguimos la medida de no innovar que expira hoy a medianoche.

Sears observó al intendente. Parecía juzgar las caras por su capacidad de contener luz. La falta de luz en una cara, la ausencia hasta de la promesa de luz, le recordaba tristemente la inhumanidad del hombre hacia el hombre. Por cierto que no se sentía capaz de juzgar las caras de desconocidos, pero al caminar por las calles de cualquier ciudad del mundo buscaba luz en las caras de los desconocidos. Cuando el juez pidió silencio Sears buscó luz en las caras del intendente y sus asociados. A la izquierda de la mesa había una bandera norteamericana extendida pero la reunión no comenzó con una promesa de fidelidad sino cantando el Himno Nacional que salía de una cinta con la voz de una soprano de ópera. Sears jamás había visto algo así pero, claro, jamás había asistido a una de esas reuniones.

Sears no pudo menos que notar que el intendente llevaba puesto un traje que parecía costoso pero que visiblemente era un talle demasiado grande. ¿Se lo habría regalado un amigo? Parecía improbable dado que Sears estaba seguro de que no podía tener amigos.

Observó también que el intendente era uno de esos mentirosos que hablan muy directamente cuando son veraces, pero que dirigen sus mentiras a las uñas de la mano izquierda. Era un fenómeno que Sears ya había observado a menudo en banqueros.

- La laguna Beasley y el área que la rodea -decía el intendente-, fueron compradas hace un año y medio y declaradas zonas de relleno por el comité de expertos en residuos peligrosos, instaurado por el gobernador. La compró la Comisión de Veteranos con (esto fue dicho a las uñas) el único propósito de construir un monumento a los muertos olvidados. El lugar ha sido elegido con todo cuidado. Aplicamos las normas rigurosas adecuadas a todas las actividades que entrañan peligro. La densidad de la población es la deseable. Hay una masa de agua adecuada. El suelo está compactado con una buena base de roca - Luego levantó un poco la mano izquierda y dijo mirando sus uñas-: Exhaustivas pruebas de laboratorio han demostrado que no hay peligro de toxicidad.

- Por favor, pido que se me otorgue voz -dijo Chisholm poniéndose de pie-. No tengo objeciones que hacer a esta reunión ni a lo que se ha dicho pero ¿puedo proponer una demora hasta que hayamos recibido los resultados de nuestras pruebas de laboratorio?

- No hasta que yo haya terminado -dijo el intendente-. Esta reunión se realiza meramente como una cortesía para calmar a un ecólogo de inspiración comunista apoyado por un viejo. La laguna Beasley simboliza la corriente básica del pensamiento americano. Está de acuerdo con la naturaleza humana: Interferir con nuestras mejoras de la laguna Beasley es interferir en la unión fructífera entre las energías del hombre y las energías del planeta. Intentar regular la espontaneidad de esta unión con la intromisión del gobierno debilitará su energía natural y la dejará a la merced de una burocracia paralizante y costosa, financiada por el contribuyente. Nuestras mejoras en la laguna Beasley son un buen ejemplo de la libre empresa que caracteriza la economía y, en realidad, el temperamento, de esta gran nación.

- Los planes para la evacuación de Janice son conocidos por todos nosotros -dijo un hombre que no había pedido la palabra pero se puso de pie y leyó un papel. Era un hombre alto, de cabello gris y una cara que, a juicio de Sears, parecía iluminada intermitentemente.

- He descrito esta reunión como una cortesía -dijo el intendente-. No tenemos nada que ver con los planes de evacuación.

- La urgencia de los planes de evacuación -dijo el desconocido-, es un asunto de suma actualidad, pero sólo quiero mostrar la falacia de un

único punto. Todos los contribuyentes hemos debido aportar para esos planes de evacuación y tenemos derecho a tratar el tema esta noche.

- Esto no tiene nada que ver con la laguna Beasley.

- Su comité de residuos peligrosos ha admitido la posibilidad de contaminantes potenciales en el agua, y dado que esto pondría a Janice en una zona de peligro con clasificación B, esto concierne a la laguna Beasley muy específicamente. Pero, como ya he dicho, me preocupa sólo un aspecto de los planes. La Cámara de Comercio, la Liga de Mujeres Votantes y los ciudadanos preocupados de Janice han expresado ya todas sus objeciones al mal trato en las prisiones y con los discapacitados y a la ignorancia general que denotan los planes de evacuación de la topografía de Janice, sus calles sin salida, edificios inflamables y altas barrancas. Todo esto está registrado. Lo que he venido a protestar es el parágrafo f) de la cláusula 18. Este parágrafo prohíbe terminantemente cualquier reunión de personas salvo en los puntos de evacuación establecidos y ante las correspondientes convocatorias. La idea es que, si un elemento virósico se descarga en el aire, habrá menos accidentes si la población permanece desparramada. ¿Usted conoce esta cláusula?

- Es claro -dijo el intendente. Pareció a la defensiva-. Es claro.

- Los planes de evacuación admiten que en el mejor de los casos no podrá salvarse más que un veinte por ciento de la población. Me parece que ya que tantos de nosotros debemos morir se nos debería permitir reunimos en algún lugar sagrado para rezar por la vida en el otro mundo. -¿Quién es usted? -preguntó el intendente.

- Soy párroco de la Primera Iglesia Unitaria, en la ruta 328. Hablo por varios párrocos de la vecindad. -¿Sabe usted -preguntó el intendente enérgicamente-, que la gente de esta gran nación gasta catorce veces más dinero en alimentos para el desayuno que en contribuciones a la Iglesia? La falta de poder de venta de la Iglesia se demostró hace casi seis años cuando uno de sus ministros respaldó un café sin cafeína y la firma quebró a los ocho meses. Le puedo dar muchos otros ejemplos de la ínfima cantidad de nuestra renta nacional que se invierte en contribuciones a la Iglesia -por ejemplo en comparación con la industria pornográfica-, pero me limitaré a señalar el hecho de que gastamos catorce veces más en alimentos para el desayuno que en contribuciones a la Iglesia.

El párroco. se sentó. Parecía estar llorando. Chisholm volvió a pedir que se le otorgara la palabra.

- No he terminado -dijo el intendente-. Describí esta reunión como una cortesía y no encuentro nada más que perturbadores. Estoy al tanto, señor Chisholm, de que usted nunca sirvió en las fuerzas armadas de su gran país y no comprende, entonces, nuestro deseo de levantar un monumento a nuestros patriotas muertos. Sé que le gustaría demostrar

que nuestro relleno de la laguna Beasley está compuesto por productos contaminantes. Mi padre fue un honrado pescador yanqui. Fue soldado. Fue un patriota. Concurría a la iglesia. Fue el esposo de una mujer feliz, satisfecha y amante, y padre de siete hijos sanos y exitosos. Si yo le hablara a él de contaminantes me pediría que hablara en inglés.

"Estamos en los Estados Unidos de América, hijo", me diría, "y quiero que hables en inglés". Los nombres de los contaminantes suenan a idioma extranjero, y promover la interferencia del gobierno en nuestras mejoras de la laguna Beasley parece la obra de un gobierno extranjero.

- Querría pedir una postergación -insistió Chisholm, tan cortésmente como le fue posible-. Los laboratorios Marston están trabajando con las muestras que les dimos y han prometido un informe para el jueves.

Mientras Chisholm hablaba, el intendente consultaba a los tres miembros de la junta y cuando Chisholm terminó, dijo:

- Su pedido ha sido denegado por la mayoría de la junta, pero antes de terminar me gustaría leer una carta que obra en mi poder. La carta fue escrita por su empleador, el señor Lemuel Sears, el 29 de febrero del año pasado y se publicó en el diario del día siguiente. ¿No hay nada sagrado? es el título de las observaciones del señor Sears.

"He patinado los fines de semana en la laguna Beasley, escribí, en compañía de quizá cincuenta hombres y mujeres de todas las edades y, por lo que sé, de toda condición, que frente a las complejidades del mundo moderno parecían renovarse gracias a las pocas horas felices que pasaban patinando. Los hallazgos del desacreditado paleontólogo Gardener, que pretendía que el patín -o shate marcó el punto crítico de la contienda por la supremacía entre el homo sapiens y el hombre primitivo, habrán sido juzgados fraudulentos pero, ¿no es cierto acaso que sobre los patines para hielo gozamos una sensación de levedad que parece ser un resabio de tiempos primitivos? El domingo pasado llevé mis patines a la laguna y me encontré con que había sido decretada terreno de relleno y estaba convertida en un basural coronado con un perro muerto. Escasa inocencia hay en el mundo; protejamos la inocencia del patinaje sobre hielo". Esa carta es suya, ¿no es así, señor Sears?

- Sí -dijo Sears.

- Por un lado tenemos el dolor de hombres y mujeres maduros y pensantes que desean conmemorar el sacrificio de sus amados hijos y esposos en la libertad. Por el otro tenemos esto. Se levanta la sesión.

Casi todos en la sala, incluso el párroco, miraron a Sears con desprecio.

- Me había olvidado de la carta -dijo a Chisholm.

- Me habría gustado que ellos también la hubiesen olvidado -musitó el ecólogo.

Betsy Logan se unió a ellos y Chisholm la presentó a Sears. La opinión que se había formado de él estaba obviamente influida por la carta.

- Quizá la junta municipal nos conceda otra audiencia -dijo Chisholm-. si los informes de laboratorio son categóricos. No hay que desesperar. Podemos intentar ver al fiscal del distrito, aunque seguramente nos enviará a la comisión del gobernador, y el gobernador está de gira, tratando de obtener contribuciones para su campaña.

Fueron casi los últimos en dejar la sala y bajar los empinados escalones. Betsy le deseó buenas noches a Chisholm con un beso y se fue por la calle.

- Lo llamaré en cuanto sepa algo del laboratorio -dijo Chisholm-. Se dieron la mano en la vereda, pero cuando Chisholm comenzó a cruzar la calle un auto que había estado estacionado en doble fila y no tenía luces avanzó a toda velocidad y embistió a Chisholm con tal violencia que lo mató en el acto.

Unas horas más tarde en Buy Brite resonaba una canción de amor cuando Betsy eligió un carrito y lo empujó más allá de los puestos de frutas y verduras que era lo primero que se encontraba al entrar. Era bien pasada la medianoche. La música sonaba tan suavemente que era imposible identificarla, pero cualquiera habría reconocido en ella una canción de amor. Las lentas ondulaciones de la melodía jamás habían querido significar otra cosa. Al compás de la canción de amor Betsy llevó su carrito por la inmensidad del mercado casi vacío aunque inundado de luz. Estaba triste y con deseos de venganza. Chisholm había salvado la vida a su hijo. Lo extrañaba dolorosamente y sentía que el mundo extrañaría a ese hombre puro y servicial. Su carrito estaba vacío y en el bolsillo del impermeable llevaba una botella de salsa Teriyaki a la que le había agregado veneno suficiente para matar una familia. Tenía pegado un mensaje que decía:

"Dejen de envenenar la laguna Beasley o envenenaré la comida en los 28 Buy Brite". Lo había hecho con palabras recortadas de un diario mientras su marido y sus hijos dormían.

Betsy se dirigió al pasillo donde se exhibían salsas de especias y extractos. No recordaba claramente donde había encontrado la salsa Teriyaki aquella tarde lluviosa en la que se peleó con María Salazzo. Empujó el carrito vacío. Cualquier búsqueda en ese lugar, lo sabía, podía ser engañosa. Cuán a menudo había buscado en vano etiquetas, precios y marcas cuando tenía escaso tiempo que perder. Cada vez que no podía encontrar lo que buscaba, le parecía oír un coro de mujeres mayores de su familia que pedían sus anteojos y lamentaban la pérdida de números de teléfono, direcciones y nombres. Oh ¿dónde estaba la salsa Teriyaki? La preocupaba la idea de que la hubieran suprimido o estuviera agotada. Que alguien la detuviera, encontrara la salsa en su bolsillo y la condenaran a prisión por haber amenazado envenenar a toda la comunidad.

Era, es claro, una angustia absurda pero de todos modos muy aguda.

Fue. del pasillo de salsas y extractos al de condimentos. Había olvidado que eran tantos. Tuvo esperanzas cuando vio unas salsas exóticas y luego recordó que había un rincón oriental entre los artículos horneados y los productos de granja. Allí estaban las botellas de salsa Teriyaki y dejó su botella de veneno de modo que se viera claramente el mensaje. Salió del supermercado sin que nadie le hubiera visto la cara. Se metió en la cama junto a Henry pero estaba demasiado excitada para dormir. El temor de ser arrestada la mantenía despierta, pero sentía que la botella y su mensaje se descubriría por la mañana. La prensa mundial publicaría la noticia; los supermercados norteamericanos son una parte axial de nuestro modo de vida. La noticia aparecería en todas partes

incluyendo la Unión Soviética y el relleno de la laguna Beasley sería inmediatamente suspendido.

No ocurrió nada de eso. En el diario de la noche la noticia más importante se refería a un objeto volador no identificado, que había sido visto por el jefe de policía, y un acto de vandalismo en la escuela secundaria. Es un misterio por qué Betsy continuó con su plan cuando en su vida había tanto que la satisfacía. Su amor por Henry y los niños era tan total que parecía trascender felizmente la mortalidad y, sin embargo, más allá yacía una melancolía o un ardor no correspondido. Era de esas mujeres cuya nostalgia de un destino, una vocación, sobreviviría a toda satisfacción. Parecía incurable. Al día siguiente compró y envenenó otra botella de salsa y mientras Henry dormía preparó otra etiqueta y volvió a Buy Brite. La primera botella había desaparecido pero dejó la segunda en el estante, compró una caja de Flotilla y volvió a casa. -¿Dónde estabas, querida? -preguntó Henry cuando volvió a la cama-. Oh, querida, ¿dónde estabas?

- No podía dormir -dijo ella-. Estuve leyendo. El diario de la noche siguió sin traer la noticia así que al día siguiente envenenó una tercera botella y cuando Henry se durmió la llevó al mercado. Cuando volvió Henry estaba despierto y enojado. -¿Dónde estabas, dónde demonios fuiste? No estabas abajo leyendo. Te busqué por todas partes.

Ella lo calmó (era un hombre muy afable) y volvieron a la cama pero en el diario de la noche siguiente vio que había tenido éxito. FAMILIA ENVENENADA SE HALLA EN ESTADO SATISFACTORIO, era el titular. Se informa que la familia Grimaldo, intoxicada con salsa Teriyaki se recupera satisfactoriamente en el hospital de Janice.

"Quienquiera envenenó la salsa amenazó con hacerlo en todos los supermercados Buy Brite hasta que termine la contaminación de la laguna Beasley". Esta vez la noticia dio la vuelta al mundo y el relleno de la laguna Beasley cesó de inmediato.

Las relaciones de negocios de Sears lo respetaban pero los que lo conocían íntimamente, los que jugaban al bridge con él, por ejemplo, no lo creían terriblemente inteligente. Sin embargo confiaban en él; y en cuanto él supo que no continuaban con el relleno de la laguna Beasley organizó la Fundación Beasley. Esto llevó horas de trabajo con abogados y fue uno de los proyectos más difíciles que jamás había realizado o, le gustaba pensar, que jamás había visto realizados. La Fundación se financió con bienes tomados de la rama de Cleveland de la compañía de computadoras para la que trabajaba. Esta subsidiaria se convirtió luego en un holding, beneficiado con exenciones de impuestos, que emitía bonos a corto plazo con las máximas cotizaciones.

Sólo se había relleno un tercio de la laguna; el sector contaminado fue dragado y se instaló un sistema novedoso para eliminar la toxicidad del agua. En la época sobre la que escribo muchos de nuestros grandes ríos y masas de agua estaban en serio peligro y, cuando llegaban

ingenieros de otros países para valorar el sistema, Sears a veces los acompañaba como guía. Su dominio del léxico recordaba el de un turista usando otra lengua. "Cuando se suspendió el relleno", se le oía decir, "nos enfrentamos con la eutrofización. El resultado final del proceso de eutrofización es el desarrollo de una ciénaga o pantano que finalmente se seca convirtiéndose en estiércol orgánico sin agua.

Antes la eutrofización y deterioro de un lago requería miles y miles de años, pero con el aumento de contaminantes y lixiviantes producidos por el hombre puede lograrse en un mínimo de tiempo". A Sears le gustaba pensar que la resurrección de la laguna Beasley le había enseñado algo de humildad, pero su humildad no resultaba demasiado visible.

Cuando un ingeniero visitante se ofreció a ayudarlo a cruzar un río dijo:

- No, gracias. Llevo puesto el mismo cinturón, que usaba cuando jugaba al fútbol en la universidad."

La belleza del paisaje se había recuperado. No era en modo alguno distinguido pero un siglo antes pudo muy bien servir de escenario al Edén o hasta a Eleusis si se agregaban algunos sátiras y diosas desnudas. "El primer paso para resolver el problema fue bombear el agua del fondo de la superficie donde podía absorber oxígeno", decía Sears. "Con los venenos el relleno había introducido productos químicos nutritivos en el agua. Estos aumentaron las algas y hierbas. En el agua del fondo se desarrollaron condiciones anaeróbicas dado que estaba totalmente desprovista de oxígeno. Se liberó ácido sulfúrico, y el manganeso, el hierro y el fosfato se desintegraron del suelo subyacente. Se produjeron ácidos orgánicos y el Ph del agua disminuyó. Esto destruyó todos los crustáceos y otros animales y terminó el ciclo vital de la laguna".

"Se pensó en traer agua del fondo a la superficie" continuaba. "Eso había dado resultado en embalses pequeños, pero éste requería gran cantidad de energía por unidad de volumen. Necesitábamos un enfoque nuevo: mayor capacidad en caballos de fuerza.

Teníamos que mover una cantidad de diez a mil veces mayor de agua por caballo de fuerza que proveían las viejas técnicas. Debíamos reducir el burbujeo; si la frecuencia del burbujeo podía reducirse a menos de treinta centímetros por segundo, se eliminaría el caudal turbulento y se crearía un efecto laminar de subida. Teníamos que reducir el tamaño de la burbuja. Si se introducía el aire en burbujas pequeñas a nivel del fondo no sólo se disolvería rápidamente el oxígeno y se produciría el efecto laminar sino que la rotación de los estratos sería continua y el agua fría de la capa inferior se distribuiría en la superficie. Eso evitaría el deterioro de la calidad del agua."

"Nuestros ingenieros produjeron un caño plástico de diámetro pequeño con orificios diminutos dispuestos en línea recta. Pueden vedar en la

oficina. La cañería facilitó la instalación a un costo razonable y con una menor formación de burbujas. Colocamos mil cuatrocientos metros de esta cañería de polietileno con válvulas. La permanencia se aseguró embutiendo una línea continua de plomo en una porción engrosada de la pared del caño opuesta a la línea de las aberturas. El diámetro del caño es de media pulgada.

Las aberturas, que son válvulas de control moldeadas, se hicieron en el tamaño adecuado y se las espació como para satisfacer las profundidades del agua y el ritmo de circulación requeridos. El peso de la quilla de plomo embutida en el caño era mayor que el del agua a pesar del avanzado estancamiento de la laguna Beasley. Entonces conectamos esta cañería a nueve compresores de 0,75 caballos de fuerza con dos mil setecientos metros de tubos de alimentación lastrados. Aire enviado por compresores a 4,4 pies cúbicos treinta psi por minuto mezclan y hacen rotar continuamente trescientos millones de galones de agua. Tenemos dos unidades de compresores auxiliares por si hay problemas mecánicos. La mortandad de peces ha disminuido dos tercios y el mes pasado hicimos pruebas a cuatro niveles de agua. Éstas mostraron temperaturas de agua de ochenta y cuatro grados y disolvieron oxígeno en todos los niveles. Hace un año el agua era un veneno. Ahora es totalmente potable". Sears hablaba con un entusiasmo que nacía del hecho de que había encontrado cierta similitud entre la búsqueda del amor y la búsqueda de agua potable. La claridad de la laguna Beasley parecía haber purgado su conciencia de la creencia que su lujuria personal era una profunda contaminación.

Los visitantes iban luego a la oficina para ver los compresores y los diagramas de las cañerías. Sears caminaba por la orilla de la laguna hasta el comienzo del arroyo. Ahí crecían arbustos de menta y rompió una hoja con los dedos. Era a principios del verano pero el sol daba una dulce sensación de calidez. El ruido del agua y la hoja al romperse le recordaron un despertar con Renée. Era temprano. Aparecía la primera luz. Ella estaba en sus brazos y olía al perfume de la noche anterior y su propia mortalidad, su ayer. Tenía las pestañas oscurecidas en contraste con su cabello rubio. Parecían enteramente artificiales. La belleza de sus pechos ya no era la belleza de la juventud y él sabía que su tamaño la preocupaba. Sears lo encontraba encantador. No tenía el cabello largo pero sí lo bastante como para necesitar atárselo y la noche anterior se lo había recogido (podía imaginar el gesto fácilmente) y lo había asegurado con una hebilla de oro. No se lo había visto hacer pero ahora veía la hebilla de oro, y el cabello que retenía, y las hebras que se habían escapado. Besó la hermosura del cuello y acarició la suavidad de la espalda y pareció entregarse a la delicia total del amor. En su caso, esto parecía involucrar cierta torpeza como si subiera un baúl pesado por una escalera en espiral.

El cielo estaba claro esa mañana y quizá hubiera todavía estrellas aunque no vio ninguna. La idea de las estrellas contribuyó a la intensidad de su sentimiento. Lo que lo conmovió fue la sensación de esos mundos que nos rodean, del conocimiento, por imperfecto que sea,

que tenemos de su naturaleza, de la sensación de que poseen alguna brizna de nuestro pasado y de nuestro porvenir. Era esa poderosísima sensación de estar con vida en el planeta. Era esa poderosísima sensación de singularidad en la inmensidad de la creación, de nuestra riqueza de oportunidades. La intensidad de ese instante fue un privilegio exquisito, algo así como el gran beneficio de vivir y de renovarse con el amor. Parecía un paraíso.

Los Salazzo cargaron la parrilla y la piletta de lona y desaparecieron. Betsy no le contó a nadie más que a Henry que había intentado envenenar a toda la comunidad, y sólo fue capaz de decírselo algún tiempo después. Pero, se preguntarán ustedes, ¿qué se hizo de los verdaderos criminales, los villanos que habían asesinado a un noble ecólogo y seducido, sobornado y corrompido a los custodios del bienestar municipal? No enjuiciar a esos canallas parecería incurrir en complicidad por omisión o apañamiento.

Pero ésa es otra historia y, como dije al principio, éste es sólo un relato para leer en la cama en una vieja casa una noche de lluvia.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

02/12/2012

